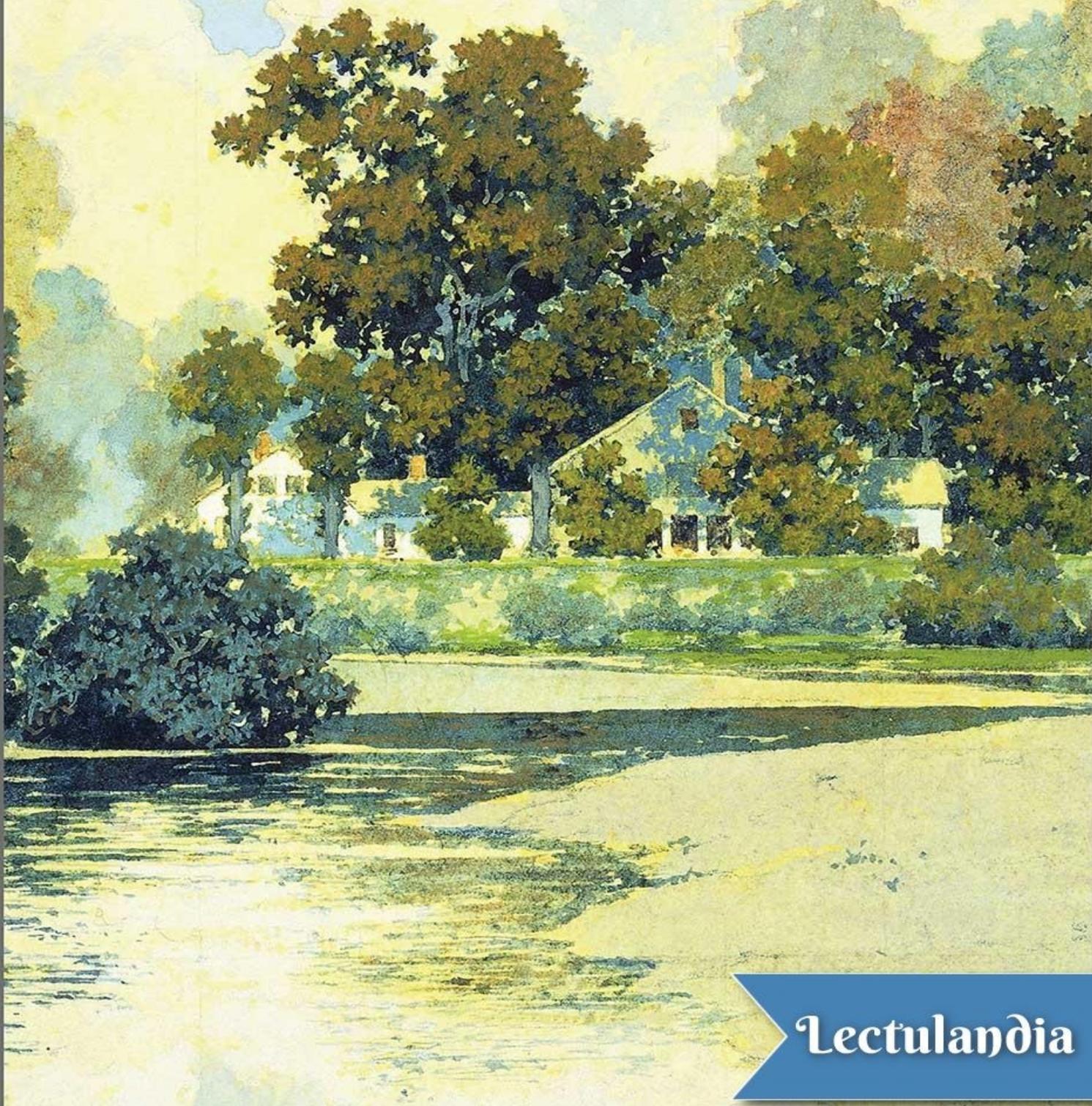


UN DOMINGO EN EL CAMPO

PIERRE BOST



Lectulandia

En 1945 se publicó por primera vez esta delicada joya casi impresionista —llena de encanto y con un toque de melancolía—, pero que va mucho más allá, y como en una apacible conversación de paseo dominical, se interesa por aquello que Camus llamó «la pasión del corazón humano».

En 1984, el gran director francés Bertrand Tavernier rodó su mítica película homónima. Muchos lectores recordarán sus delicadas imágenes y la maravillosa música de Fauré, traslación perfecta de estas «páginas en calma», como dijera André Maurois.

Monsieur L'admiral, un anciano pintor de éxito, aunque algo convencional, se establece en las afueras de París, donde su hijo Gonzague lo visita con su familia cada domingo. Como en casi todas las reuniones familiares, se come, se bebe, se charla... y se «callan cosas». Todo es como siempre ha sido, hasta que Irène, la hija adorada, aparece por sorpresa. Mientras que Gonzague lleva una vida aburrida de clase media, Irène —una mujer liberada y sociable, que rara vez visita a su padre— es, en buena medida, un secreto para todos.

En esta exquisita novela de Pierre Bost, rebosante de un humor sutil y una inteligente levedad, un domingo en familia se convierte en una cascada de emociones no dichas, un fulgurante retrato de la vida familiar poco antes del estallido de la Gran Guerra. En realidad, como lo será siempre.

Lectulandia

Pierre Bost

Un domingo en el campo

ePub r1.0

Titivillus 30.10.2018

Título original: *Monsieur L'admiral va bientôt mourir*
Pierre Bost, 1945
Traducción: Regina López Muñoz
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1

Sobre el autor

Cuando el señor Ladmiraal se quejaba de estar envejeciendo lo hacía mirando muy fijamente a su interlocutor, y en un tono provocador que parecía invitar a que lo contradijeran. Quienes no lo conocían bien lo malinterpretaban y respondían educadamente, como se hace siempre, que menuda ocurrencia, que el señor Ladmiraal estaba como un roble y que los enterraría a todos. Entonces el señor Ladmiraal se enfadaba y se remitía a las pruebas: ya no podía trabajar a la luz de la lámpara, se levantaba hasta cuatro veces por las noches, se le quedaban los riñones molidos cada vez que serraba madera y, para colmo, y esto nadie podía rebatírsele, tenía más de setenta años. Este último argumento, destinado a cerrarles el pico a los más optimistas, cumplía su función tanto mejor cuanto que el señor Ladmiraal no sólo era septuagenario, sino que tenía bien cumplidos los setenta y seis. Más valía, por tanto, no intentar contradecirlo cuando se quejaba de estar envejeciendo. Además, ¿por qué negarle sus últimos placeres? Lo atormentaba envejecer, pero quejarse le producía algo de consuelo. En efecto, el señor Ladmiraal estaba envejeciendo mucho, y cada vez más deprisa. La vejez es una pendiente muy suave, pero incluso al final de una pendiente muy suave acaban los guijarros por deslizarse terriblemente rápido.

Convenía, obviamente, guardarse de abundar con excesiva efusión en la opinión del señor Ladmiraal. Se reservaba a él solo el derecho de decir que envejecía y, en realidad, ponía todo su empeño, aunque en vano, en intentar ocultar tan dolorosa verdad, dolorosa sobre todo para él, y que, por lo demás, sólo se ocultaba a sí mismo. ¡Y, aun así, a costa de cuántas mentiras! Cuando abandonó París, diez años antes, para irse a vivir a Saint-Ange-des-Bois, el señor Ladmiraal había hecho saber, con el fin de ufanarse de la casa que compraba, que ésta quedaba a ocho minutos de la estación. Por aquel entonces era casi cierto. Más adelante, a medida que el señor Ladmiraal envejecía, la casa había quedado a diez minutos de la estación, después a un cuarto de hora. El señor Ladmiraal había tardado mucho en constatar este fenómeno, jamás había sabido explicárselo y, para ser justos, nunca lo había admitido. Lógicamente, seguía viviendo a ocho minutos de la estación, hecho que no le simplificaba las cosas; había que jugar con los péndulos, hacer cálculos falsos, fingir que el reloj de la estación iba adelantado o que la hora del tren había sido maliciosamente alterada; en los tiempos en que aún iba a París, el señor Ladmiraal había llegado a perder trenes, heroicamente, con tal de que no se dijera que vivía a más de ocho minutos de la estación.

—Reconozco —decía en días de sinceridad— que camino un poco más despacio que antes, pero jamás me convencerán de que en menos de diez años (hacía algo más de diez años) este camino se ha alargado diez minutos.

El señor Ladmiraal vivía con una sirvienta, Mercédès, que con extrema cortesía e indefectible seguridad replicaba siempre con las palabras más desagradables.

—Hace usted muy mal —le decía— en no darse cuenta de que ahora va como las tortugas. Pero si así está satisfecho, no seré yo quien le busque las cosquillas. Mi madre es igualita a usted, es cosa de la gente mayor.

El señor Ladmira! aceptaba esa clase de insolencia deferente con una bellísima resignación. Había comprendido hacía mucho tiempo que Mercédès le resultaba imprescindible en su soledad y que no había que irritarla, pues era más tonta que Abundio y más mala que la quina. Al primer incidente un poco acalorado, aseguraba él, Mercédès se marcharía dando un portazo. Eso era mentira, y el señor Ladmira! lo sabía muy bien. Mercédès no tenía ningún interés en abandonar un puesto tan bueno, y sentía aprecio por su viejo señor. Pero éste alimentaba con celo el falso temor de verse abandonado, recuerdo último que le quedaba quizá de unas relaciones normales con las mujeres.

Mercédès, como todas las mujeres, se cuidaba muy mucho de abusar de la situación; sacaba provecho de ella, y con eso era suficiente.

Cuando renacía la discusión sobre el tema de la estación y los ocho minutos, Mercédès también decía:

—Mientras no ande hacia atrás, como los cangrejos, tendrá la oportunidad de coger el tren.

—Para empezar —rechinaba el señor Ladmira!—, los cangrejos no andan hacia atrás.

—Puede ser —concedía Mercedes—; usted sabe mucho más que yo, pero me ha entendido perfectamente.

Al señor Ladmira! le enfurecía renunciar tan pronto a una riña que comenzaba tan bien. Pero con Mercédès siempre era así. Apenas una o dos réplicas zanjaban el debate, y la discusión fracasaba. Ora el propio señor Ladmira! se mordía la lengua, desistía de continuar porque no era digno de él enzarzarse con los suyos, ora Mercédès, las más de las veces, cortaba por lo sano con una de esas réplicas que desestiman la disputa. Su mujer había acostumbrado al señor Ladmira!, tiempo atrás, a una técnica de la discusión muy erudita y precisa: minuciosa, exhaustiva, casi opulenta a fuerza de hallazgos y ornamentación; un arte de la riña un tanto anticuado quizá, pero señorial, cuidado, y no exento de estilo. Ninguno de sus hijos había heredado el don materno, y el señor Ladmira!, al enviudar, se había sentido muy solo. Mercédès tampoco estaba a la altura, y el señor Ladmira!, ante tan deficiente compañera, se sentía vencido incluso en las victorias. Cuando Mercédès ponía fin a un debate bien encaminado, él se quedaba disgustado, nervioso, irritable, con la garganta atestada de argumentos, quejas y simples discursos, que se apretujaban, se atropellaban, sin conseguir salir ni entrar, como una muchedumbre que se niega a circular, y que lo asfixiaban.

—Le recuerdo que don Édouard y señora llegan en el tren de las diez cincuenta —repuso Mercédès esa mañana. Era domingo.

—¡Pues muy bien! —exclamó el señor Ladmira!—. Saldré a menos veinte —concluyó en un tono más seco—. Y añado que don Édouard se llama en realidad Gonzague, lo cual le da un aire muy distinto.

El hijo del señor Ladmiraal se llamaba, en efecto, Gonzague. Pero, cuando se casó, a su mujer le dio miedo aquel nombre y se quedó con el segundo, Édouard, que le parecía más tranquilizador. El señor Ladmiraal nunca había visto con buenos ojos aquel segundo bautismo.

—Gonzague o no —respondió Mercédès—, esas personas llegan en el de las diez cincuenta. —Y añadió—: ¡No se moleste usted!

La escena transcurría en la cocina. El señor Ladmiraal, que acababa de levantarse, llevaba un pijama de anchas rayas verdes. Las perneras del pantalón, remangadas por encima de las rodillas, dejaban al descubierto dos piernas flacas, y los pies desnudos calzaban unos gruesos zapatos de paseo sin atar. El señor Ladmiraal, con un pie apoyado en un taburete, se lustraba los zapatos cuando Mercédès le rogó que no se molestara y se apoderó del taburete. Sin soltar el cepillo, el señor Ladmiraal hubo de atravesar la cocina a la pata coja para ir a posar el pie un poco más lejos, en el borde del fregadero. Acto seguido, Mercédès tuvo que usar el fregadero y se le acercó.

—No se moleste usted —repitió, persiguiendo un poco más al señor Ladmiraal.

Parecía que Mercédès iba y venía al azar por toda la estancia. En realidad, su itinerario estaba planteado de tal modo que pasaba exactamente, segundo a segundo, por el punto donde acababa de instalarse el señor Ladmiraal, que continuaba a la pata coja, doblado por la cintura y frotando el zapato.

Mercédès, de persecución en persecución, echó por fin a su señor de la cocina. Era una cocina grande de campo, muy limpia y bien equipada, donde Mercédès prefería estar sola, como está mandado. El señor Ladmiraal, por su parte, volvió al cuarto de baño. Así llamaba, no sin cierta razón aparente, a un cuarto alicatado y esmaltado, guarnecido con una bañera y un calentador. Pero el señor Ladmiraal nunca se bañaba; había vivido la infancia, luego la juventud, y luego la edad madura, en una época y unas viviendas donde el baño se consideraba un lujo, y podía constatar que aquello no había sido óbice para alcanzar una edad considerable sin mantenerse peor que cualquiera ni, sobre todo, decía, sin estar menos aseado. Prescindía de los baños igual que lucía su barba, de manera natural y desde siempre.

Abandonada ya la cocina, de donde Mercédès lo había expulsado, el señor Ladmiraal empezó por quitarse los zapatos. Se los calzaba cada mañana en los pies desnudos para lustrarlos, luego se los quitaba y les colocaba de nuevo las hormas mientras se aseaba. Sus hijos le tomaban el pelo a costa de aquella manía, pero a él no le dolían prendas en responderles que cada uno tiene las suyas, que ya era demasiado tarde para cambiar, y que su pobre madre ya había perdido el tiempo queriendo curarlo de aquella costumbre y que, incluso, la pobre mujer había sufrido lo suyo durante treinta años. Por lo demás, había que ser justos, ella había tenido la manía de verter en la taza del desayuno la leche antes que el café; una costumbre adquirida en el internado que jamás había podido (¿o quizá querido?) evitar. Y a él aquello lo ponía malo; nadie se explica por qué: hay cosas que no conseguimos superar. Había

días en los que se las apañaba para no desayunar con su mujer, aposta, con tal de no presenciar aquello.

—Lo cual demuestra —apostillaba el señor Ladmira!— que es posible entenderse cuando se trata de pequeños detalles. Si la gente no lo sospecha es porque no sabe ver las cosas con perspectiva.

El señor Ladmira! citaba con mucho gusto ante sus hijos otros ejemplos de ese tipo. Sus dos hijos. Otro problema... Los problemas se resuelven siempre; la pena es tener que plantearlos... Sus dos hijos... Sin hacerse muchas preguntas, el señor Ladmira! había llegado sin embargo a preguntarse si su hijo Gonzague y su hija Irène todavía se llevaban bien. Para él, «llevarse bien», entre miembros de la misma familia, era más que un deber: era una función natural. Lo contrario apenas si le parecía concebible. También, para no tener que poner en duda la perfecta unión entre un hermano y una hermana, el anciano padre la deseaba con fuerza, públicamente, en cualquier ocasión que se le presentara. Y por eso gustaba de invocar ejemplos que, de tanto usarlos como prueba, para él habían llegado a sustituir los hechos. Con todo, rara vez los citaba delante de sus dos hijos reunidos, pues no solían presentarse juntos en Saint-Ange-des-Bois. A decir verdad, Irène casi nunca se prodigaba; su última visita había sido hacía dos meses; sí... por lo menos; quizá más. Todavía hacía frío: por la noche se había encendido la chimenea en su cuarto (Irène había dormido allí, algo muy poco habitual). Fue durante la helada de abril. «¡Qué tonto soy!» pensó el señor Ladmira!. «¡Fue el lunes de Pascua cuando vino! Sí, hace casi tres meses...». Gonzague, por su parte, acudía fielmente cada domingo, o casi, con su mujer y sus tres hijos. Y siempre en el tren de las diez cincuenta, como aquella mañana. El señor Ladmira! frunció el ceño, un tanto irritado, como si alguien acabara de decirle que otra vez llegaría tarde a la estación. Y no se dio prisa adrede.

El señor Ladmira! se aseaba con esmero, a torso descubierto. Era flaco, aunque no siempre lo había sido, si bien la piel se había vuelto demasiado abundante y del pecho le colgaban dos especies de senos flácidos, caídos, curvos, recortados como el perfil de dos barquitos a ambos lados de un vellón blanco; encorvados los hombros, vigorosos los brazos, la piel color perla tenía unas pocas manchas de óxido.

Y ahora el señor Ladmira! se inclina hacia delante y se mira fijamente al espejo, inquisidor, con la mano posada horizontalmente en el costado. Y sonrío. Ha sentido el latido del corazón, ni rápido, ni lento, regular, en su sitio, donde siempre. Cada mañana, el señor Ladmira! ejecuta ese gesto, como un viajero que, al despertar, comprueba que no ha extraviado el billete. En otra época, el señor Ladmira! controlaba así diversas partes de su cuerpo. Ahora sólo se ocupa del corazón.

Pero basta ya de esta desnudez decrepita. Más vale centrarse en el rostro. No porque sea muy notable, pero no resulta desagradable. Destaca en primer lugar, y sobre todo lo demás, una barba blanca en abanico, con las crines muy rectas, dura y espesa como un cepillo y que se come toda la parte baja de la cara. En reposo, no se ve la boca; y sólo cuando el señor Ladmira! habla se ve el despertar de los labios,

carnosos y colorados, moviéndose muy deprisa al fondo del matorral blanco, como un pequeño molusco repentinamente asustado por la luz. Dos ojos negros, pequeños, hundidos; hay que conocer bien al señor Ladmiral para saber que sus ojos son muy agudos; son tan penetrantes, sagaces, tan cargados de miradas están, que en un primer momento parecen inquietos y rápidos. Rostro vivo, iluminado, que lanza flechas, a veces incluso un poco loco. Cabeza redonda, pómulos marcados. Por encima del conjunto, un pelo blanco, alborotado, tan bien dispuesto en corona en torno al cráneo que, visto de frente, el señor Ladmiral parece provisto de una hermosa melena, mientras que de espaldas está maravillosamente calvo.

El señor Ladmiral ha acabado de asearse y ya está vestido. En día laborable o en domingo, lleva más de cincuenta años usando el mismo traje de pana negra, pantalón ceñido a la altura de los tobillos y camisa de corte recto abotonada hasta el cuello, de la que pende una corbata. Dentro de un momento, cuando salga para la estación, el señor Ladmiral se pondrá su sombrero de paño negro con las alas cortas levantadas como un canalón y se asemejará del todo a lo que ha sido y a lo que todavía es, o sea, a lo que en 1890 solía llamarse un pintor.

La cinta de la Legión de Honor, muy discreta pero visible sobre la pana negra, daba fe de que el señor Ladmiral había llegado a ser lo que se dice un pintor conocido, casi célebre; que, cuando menos, había recibido los honores oficiales. Y era verdad.

Urbain Ladmiral, Premio de Roma, miembro del Instituto, había obtenido los más altos reconocimientos en el Salón, había retratado a numerosas personalidades y había recibido importantes encargos del Estado, sin tan siquiera tener que mover los hilos de sus contactos que, sin embargo, eran abundantes, y muy útiles. Pero los contactos de veras útiles son los que no necesitan siquiera que movamos hilos; se mueven solos.

El señor Ladmiral reconocía con sinceridad que nunca había sido un pintor genial. Aquella casi modestia en un hombre que sin embargo se estimaba muy por encima de su valor le había hecho pasar, como ocurre siempre, por un gran modesto, y le había granjeado toda clase de honores, beneficios y orgullo. Sumado esto a las satisfacciones de vanidad que le procuraba su carrera, dicho orgullo había permitido al maestro Urbain Ladmiral llevar una vida feliz. Tanto más cuanto que adoraba la pintura, si bien poseía el suficiente buen gusto para no apreciar demasiado la suya. A menudo había explicado a su hijo y a su hija lo que habría podido ser el drama de su vida, de no haber sentido espanto por los dramas; era apenas una añoranza.

—Una equivocación cometí —decía—, la de la falta de valor. Pero, aparte de eso, no ha sido culpa mía si no he hecho una pintura mejor. ¿Qué queréis? He pintado como se pintaba en mis tiempos; como me enseñaron. Creía en mis maestros, nos habían repetido hasta la saciedad la tradición, las reglas, los antepasados, la fidelidad, y que la verdadera libertad implica antes que nada obediencia; y que la verdadera personalidad se halla en la disciplina; y todo lo demás. Yo los creí, estaba conforme.

Luego, según iba aprendiendo, imitando, escuchando, como tenía mucho talento, el oficio entraba, y un buen día me di cuenta de que éste había ocupado todo el espacio. Y veía que no llegaba esa famosa originalidad que al final recompensa a quien supo desde un primer momento plegarse a las reglas. ¡Había caído en la trampa, vamos! O bien la veía, la originalidad, pero en los otros, y eso me desalentaba aún más; me acuerdo muy bien del revuelo en torno a los pintores, ¿cómo decirlo?... de la otra orilla, los que no querían hacer nada como todo el mundo, los que pretendían inventar algo nuevo, por así decir; no hacer como los demás, en cualquier caso... La gran exposición de Cézanne, por ejemplo, en el 95 o el 94... Interesante, sí, ¡pero financiada con fondos tanto públicos como privados!... Yo me decía: ¿adonde nos lleva esto? En cualquier caso, no lo entendía, lo reconozco... ¡Es como la primera vez que vi un Van Gogh! Me había fijado en él porque el verano anterior yo también había ido a pintar a Arlés, con vuestra madre. ¡Si yo os contara lo que opinaba de Van Gogh!... ¡Un chiquillo que sin embargo había trabajado en el taller de Cormon! En fin... Sé que estaba loco...

»Reconozco que todo eso me sacaba de quicio. Además, ¿qué queréis? Me decía que, si esa gente había encontrado su personalidad (porque no se podía afirmar lo contrario), ¡a mí me venía hasta bien! Imitar la originalidad de los demás tampoco me daría la mía. Así que más me valía seguir con mis maestros y mis costumbres, ya que estaba. Es una pena, me habría interesado... Pero un artista no puede tampoco ser una veleta. Y además, en el fondo, no, no me gustaba lo que hacían, seamos sinceros. Salvo Monet, quizá; sí, eso lo comprendí enseguida. Pero a la larga, cuando empezaba a acostumbrarme, a comprender todo aquello, a decirme que a fin de cuentas tal vez tuvieran razón ellos, qué queréis, era demasiado tarde ya, no podía ir a remolque de unos chicarrones que todos mis amigos habían arrastrado por el barro; yo no, cierto, yo siempre quise darles su oportunidad, que cada cual haga lo que le parezca. Tanto más cuanto que en aquel momento ya me planteaba vagamente el Instituto. ¡Ay! Vagamente, pero, en fin, tenía deberes; obligaciones, si queréis... Lo que ocurre es que las obligaciones se convierten muy rápido en deberes, a poco que uno sea honesto consigo mismo. Hacia 1905 tal vez habría podido emprender ese camino y cambiar radicalmente de estilo. Me lo planteé muy en serio; incluso lo intenté, sin mucho esfuerzo. Aprendí bastante, sin duda... Pero ni yo sabía muy bien qué pensar... Y, aparte, a vuestra madre no le gustaba aquello, uh, pero, vamos, nada de nada; y le partía el alma verme ir a tientas a esas alturas, a mi edad, cuando en definitiva ya teníamos la papeleta resuelta... Luego, en ese sentido, llegaron los fauvistas y los cubistas. ¡Y eso ya sí que no! Me repugnaron, sinceramente. Y como, además, no quería renunciar al retrato, que era lo que mejor se vendía, como es natural, pues a tomar viento, caramba, uno tiene que saber lo que quiere, así que me quedé como estaba. Porque toda esa pintura puede resultar interesante bajo ciertos puntos de vista, no digo yo que no, pero para el retrato no sirve, y a este respecto estamos todos de acuerdo. Además, otra cosa: estamos hablando de pintura para

pintores y críticos de arte. ¡Pues no! También se pinta para el público, ¡qué demonios! Rechazar el juicio del público, e incluso, en el fondo, el contacto con el público, yo a eso en un artista lo llamo cobardía.

Tal había sido la carrera del señor Ladmiral, ahora acabada, al menos en sus manifestaciones oficiales. El señor Ladmiral pintaba todavía, pero sólo para su solaz, decía, como si hasta entonces hubiera pintado para solaz de los demás. Diez años atrás había abandonado París y se había comprado una casa en Saint-Ange-des-Bois; no era muy rico, pero sí un poco; le daba para vivir bien. Un pintor que sabe captar los parecidos y una Legión de Honor está prácticamente seguro de que acabará sus días sin preocupaciones materiales.

La casa del señor Ladmiral estaba en la linde del bosque, en lo alto de una pendiente suave que daba a la carretera y las vías del tren. A través del ventanal del taller, el señor Ladmiral distinguió en el horizonte el humo blanco del trenecillo, que llegaría con diez minutos de retraso a Saint-Ange-des-Bois. El señor Ladmiral aguardaba siempre esa señal, en días despejados, para disponerse a partir. Afirmaba ganar tiempo de ese modo; en realidad lo perdía, vigilando el horizonte. Pero como, de todos modos, necesitaba más de diez minutos para llegar a la estación...

Esta vez también salió tarde. Mercédès, al verlo salir, ni siquiera levantó su mirada desafiante, ni siquiera se encogió de hombros. A quinientos metros de la estación, el señor Ladmiral empezó a cruzarse con viajeros cargados con aquellos paquetes de domingo más engorrosos todavía que las maletas de los viajes verdaderos, pero hizo como si no los viera. Un poco más allá, a escasa distancia de la estación, divisó a su hijo, a su mujer y a sus tres hijos.

Gonzague llevaba barba; una barbita negra, una sotabarba. Al señor Ladmiral, que había llevado barba toda su vida, no le gustaba la de su hijo. A su edad resultaba ridícula, nadie lleva ya barba hoy en día; ¿qué pretendía remedar? (El señor Ladmiral lo sabía muy bien). Y para qué darse falsos aires de artista, cuando... ¡En fin!...

El señor Ladmiral se había detenido en el camino, alzando los brazos al cielo, en un gesto de asombro y de bienvenida, y permaneció inmóvil, como si un sutil protocolo le hubiera prohibido ejecutar los últimos pasos. Gonzague y su familia dieron alcance enseguida al señor Ladmiral, sin correr, ni siquiera los niños, a los que sin embargo el señor Ladmiral les había dicho:

—¡Venga, rápido! ¡Aligerad! ¿O es que no veis al abuelo?

Pero los niños, Émile y Lucien, dos chiquillos de once y catorce años, estaban resueltos a no cansarse y, desde bien temprano, andaban de morros. Todos los domingos igual, la familia entera se movilizaba para visitar al abuelo. Tenías que levantarte casi tan temprano como entre semana (mientras que los amiguitos que no

tienen abuelo se quedan en la cama hasta las diez), ponerte ropa de domingo, sensible a las manchas y los desgarrones, correr hasta la estación, viajar en bancos de madera en un compartimento lleno a rebosar, recibir un manotazo cuando quieres jugar con la cerradura, no dar patadas a las piernas del señor de enfrente, y todo para, al final, encontrarte con un abuelo muy simpático, pero que vive en el campo (¡menuda barba!) y que, de tanto verte, ha perdido la costumbre de hacerte regalos. Sin contar con que Mireille, la pequeña, una adorable cría de cinco años, no soportaba el tren, empalidecía al cabo de los primeros quince minutos, lloriqueaba y, finalmente, llevada al límite por los estímulos de su madre, vomitaba en el suelo o sobre el vecino. Gonzague-Édouard y su mujer se deshacían entonces en disculpas; había que reparar los daños a grandes golpes de pañuelo y periódico, los vecinos explicaban, con ostensibles reticencias, que no tenía importancia, que con los niños nunca se sabe, y los padres abordaban entre ellos en voz baja la cuestión de a quién habría salido la niña, para abandonarla poco después, pues sabían desde hacía mucho que no había respuesta. Tras lo cual Mireille, todavía vercosa y con la boca torcida, se quedaba dormida en brazos de su madre, exhausta, ligeramente avergonzada, y se preguntaba por qué tenía que vomitar en cada viaje, o, si no, por qué los otros pasajeros no vomitaban.

Cuando la familia vio al abuelo en el camino, la pequeña Mireille estaba todavía adormilada, y de tan mal humor como sus hermanos. No le ordenaron que corriera; bastante le costaba ya caminar, agarrada de la mano de sus padres, arrastrando los pies. Esperaba con impaciencia el momento en que, en el pueblo, cuando el camino se hiciera más empinado, empezaría a oponer más resistencia y gemiría en un tono falsamente discreto hasta el instante preciso (siempre a la altura de la estafeta de correos) en que su padre la cogiera en brazos para el resto del trayecto.

El señor Ladmiraal recibió a la familia con cordialidad, estrechó la mano de su hijo y de Marie-Thérèse, su nuera. Se agachó para besar a los niños; se alegraba de verlos, al menos al principio y en el camino, donde no podían romper nada ni dar la lata. Y la pequeña Mireille le encantaba.

—Esto es inaudito —exclamó el señor Ladmiraal—. ¿Venía adelantado el tren?

Édouard soltó una risilla un tanto irritada y se sacó el reloj de la faltriquera.

—Mucho me extrañaría —respondió—. ¿No tendrá que ver más bien con tus famosos ocho minutos?

—Una cosa es segura —repuso el señor Ladmiraal, sacando también él un pesado reloj de una cajita de celuloide y mica—; una cosa es segura, y es que yo he salido a y treinta y nueve justas.

—¿Y qué hora tienes?

—Y cincuenta y uno, casi cincuenta y dos.

—Tu reloj atrasa. En la estación de Lyon son exactamente... —Édouard mostró el reloj estirando el brazo y echando el torso hacia atrás—: y cincuenta y siete y medio.

—Eso es tu presbicia —argumentó el señor Ladmiral, que era miope. Acto seguido volvió a guardarse el reloj en el bolsillo—. En fin, corramos un tupido velo. ¿Ha ido bien el viaje?

—No —contestó la pequeña Mireille, a ras de suelo.

—¡Pero bueno! —exclamó el abuelo inclinándose cariñosamente hacia ella—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Que ha echado la papilla! —intervino Lucien, el niño de once años.

Los padres y el abuelo se sobresaltaron. Édouard incluso hizo amago de abalanzarse sobre su hijo; Lucien, que había previsto el golpe, ya estaba fuera de su alcance.

—¡Te tengo dicho que eso no se dice! —gritaron al unísono Édouard-Gonzague y su esposa.

—¿Cómo se dice, entonces? —preguntó Lucien con un maravilloso candor.

—¡Se dice «ha vomitado»!

—¡Se dice «ha devuelto»!

El padre y la madre se detuvieron, avergonzados, furiosos por el desacuerdo, que ponía en peligro su autoridad en materia de vocabulario y saber estar. Lucien, a cierta distancia, sin reírse pero entusiasmado, los miraba, resplandeciente de inocencia aún, los ojos redondos, la boca entreabierta, mostrando las palmas de sus manos, como diciendo: «Poneos de acuerdo. ¿Así cómo queréis que me aclare?». Se merecía un buen bofetón, lo estaba pidiendo a gritos. ¿Qué hacer?...

Por fortuna, en ese preciso instante, Émile, el primogénito, había conseguido situarse por fin y colaba un bastón entre las rodillas de Lucien, que se hizo mucho daño al caer sobre una pila de piedras. De ese modo, el culpable recibía su castigo y se desviaba la atención: doble ventaja.

—Así aprenderás a mirar por dónde vas —zanjó el padre.

Lucien, que se levantó con la rodilla ensangrentada, en ese instante se sintió tan caído en desgracia que renunció a llorar y denunciar a su hermano. Era uno de esos asuntos para los que de nada sirven los padres. Lucien cogió una piedra e hizo amago de lanzársela a su hermano, gritando: «¡Te vas a enterar!». Pero, naturalmente, no llegó a tirársela; su hermano estaba demasiado cerca, se habría arriesgado a que lo alcanzara. Los niños saben muy bien mantenerse firmes ante las amenazas cuando hay peligro de represalias inmediatas. Para salvaguardar su honor, Lucien se limitó a lanzar la piedra con todas sus fuerzas al campo que bordeaba el camino. Dos perdices alzaron el vuelo con un ruido de aplausos. Émile y Lucien se abalanzaron sobre los trigales, pisoteando las espigas y gritando uno «¡Codornices!» y «¡Faisanes!» el otro. Los perdieron de vista.

El señor Ladmiral y sus hijos siguieron su camino. Atravesaron el pueblo, y el anciano pintor se llevaba la mano al sombrero ante los transeúntes. El hijo, para complacer al padre, saludaba también. El señor Ladmiral explicaba:

—El alcalde; la viuda del maderero; el señor Tourneville, ¿te acuerdas? Su hijo es *jockey*...

Y Gonzague, que no conocía o no reconocía a nadie, respondía siempre, para complacer a su padre:

—Sí, claro. Estupendo. ¡Ah! Sí... *Jockey*. Me acuerdo, cómo no...

Marie-Thérèse, su mujer, a quien la caminata no cansaba, pero sí hastiaba, sudaba sin protestar (ella nunca protestaba, aunque sudaba siempre) bajo un impermeable que ella llamaba «hule» y que se ponía todo el año. Cuando pasaron por delante de la iglesia, dejó a los dos hombres para «oír un ratito de misa». Era una de las costumbres de las visitas dominicales. El padre y el hijo prosiguieron su camino; Édouard, que volvía a ser Gonzague en cuanto se quedaba a solas con su padre, tiraba de la niña Mireille, que no se planteaba aún que la llevaran en brazos. No se aburría, estaba pendiente de un perro.

—¿Tan piadosa como siempre? —preguntó el señor Ladmiral mirando a Marie-Thérèse entrar en la iglesia.

—Como siempre —confirmó Gonzague, vagamente extrañado, pues no veía motivos para que los sentimientos religiosos de su esposa hubieran cambiado desde la última visita. Pero, en fin, había que asumir que su anciano padre a menudo hablaba para no decir nada.

Ambos hombres siguieron caminando. Édouard contenía el paso para no cansar a su padre. Sabía que éste ya no andaba rápido, y que no le gustaba que se notara. De vez en cuando incluso era menester fingir irle a la zaga con mucho esfuerzo. Édouard Ladmiral, que quería mucho a su padre, siempre se las ingeniaba para inventar pequeñas adulaciones de ese estilo; acarreaban muchas indagaciones y tacto; no llegaban a ser adulaciones, sino detalles amables. Édouard, a costa a veces de un ligero esfuerzo, era muy hábil en este juegucito; y, cuando acertaba, ¡qué recompensa hallaba en la satisfacción que experimentaba!

Édouard era un hombre barbudo de cuarenta años, bastante alto y ancho, todo negro. Negra la vestimenta, la barba, el vello. Tenía las manos velludas y diríase que toda la cara también, de lo oscura y grasa que tenía la tez, lo espeso de las cejas y lo abundante de la barba. Alambre. Se parecía a su padre, quizá, para empezar, debido a la barba, que llevaba desde siempre, incluso de joven, y por el mero placer de parecerse al padre. A los dieciocho años lo respetaba y lo quería por encima de todas las cosas; todo lo que podía imitar de él, lo imitaba. Copiaba sus andares, sus gestos, hasta sus manías. Sus opiniones, sus gustos, sus hábitos, más aún. Al principio, el señor Ladmiral se había sentido halagado y feliz. Después, misteriosamente molesto; había pensado en su propia vida, quebrada por la admiración, el respeto, acaso la imitación. Y se había dicho: «No puede ser bueno que un chico de esta edad admire tanto a su padre». Había hecho lo posible por contradecir a su hijo, por defraudarlo, por desconcertarlo. No había nada que hacer. Siempre se topaba con Gonzague pisándole los talones, como un perrillo muy bien enseñado y del que no consigue uno

librarse. Desde entonces, Gonzague lo seguía siempre, y el señor Ladmiral había aceptado aquella fidelidad tan conmovedora y engorrosa. Pero había nombrado favorita a su hija, que lo contradecía por sistema. Gonzague se había percatado de la inversión de las alianzas, y, de pronto, empezó a chocar con su hermana. Lo cual no facilitó sus relaciones.

La admiración del hijo por su padre alcanzaba tales cotas que Gonzague *primo* se puso a pintar para *secundo* renunciar enseguida, pese a unos comienzos prometedores. Sólo que, para él, la pintura de su padre era lo más hermoso que había, y le pareció una especie de sacrilegio intentar seguir sus pasos en aquel campo, dado que jamás lo igualaría. Más valía renunciar de inmediato. Gonzague renunció, y aquella vez su padre, misteriosamente, le estuvo agradecido; ante los primeros intentos de su hijo había sentido una vaga inquietud, desde el principio adivinó que no podría alegrarse ni del éxito ni del fracaso de Gonzague y temía por el porvenir, cualquiera que fuera el resultado de la tentativa, la vergüenza de arrastrar a un imitador o la molestia un tanto envidiosa de haberse ganado un rival. Todo volvió a la normalidad cuando Édouard subió al desván el caballete y los tubos de óleos, que recubrió con un gran velo negro, pues no le faltaba cierto gusto por el énfasis. Tras lo cual Édouard entró en las oficinas de una compañía colonial; el señor Ladmiral conocía al director, había hecho su retrato, condecorado con una insignia roja enorme, como se lucían en la época en que eran escasas (el número de insignias se ha multiplicado; pero su superficie total sigue siendo más o menos la misma).

Cuando Gonzague entró en los negocios, el señor Ladmiral sufrió al ver a su hijo abrazar una carrera mercantil. Algo se rompió, aquel día, entre Gonzague y él. «Ir a la oficina» era para el señor Ladmiral la prueba misma de la esclavitud y la mediocridad. Algo tan feo como «salir sin peinar» para una mujer o, para los niños, «jugar en la calle». Esperaba al menos que al entrar en una empresa colonial su hijo viera mundo; Gonzague lo esperaba también, o por lo menos creía esperarlo; en realidad, cuando tres años más tarde le propusieron mudarse a Dakar, se percató de que tenía miedo y lo rechazó. Puso como pretexto que no quería separarse de su padre, que se hacía mayor. Al señor Ladmiral le sentó fatal; no se atrevió a decirlo abiertamente, pero Gonzague lo entendió a la perfección, y le pareció que su sacrificio se veía mal recompensado. Algo más tarde, volvieron a proponerle un puesto en África; en esta ocasión Gonzague acababa de casarse y empezaba a llamarse Édouard; rehusó, arguyendo sus nuevos deberes. Esta vez, el señor Ladmiral se alegró de poder reprochárselo a su nuera, quien, en efecto, no habría aceptado por nada del mundo cruzar los mares e irse a vivir con los negros.

El señor Ladmiral nunca le había tenido mucho cariño a Marie-Thérèse, en primer lugar porque era empleada subalterna cuando su hijo la conoció; casarse con una mujer trabajadora era, para el señor Ladmiral, tan desacertado y, para ser francos, tan vulgar como ir a la oficina. La transformación de Gonzague en Édouard le resultó penosa. Y una pesadumbre del mismo orden experimentó cuando llamaron a sus

nietos Émile y Lucien, nombres miserables; luego, cuando escogieron el nombre de Mireille para la niña, se encogió de hombros ante tan pretenciosa vulgaridad. Marie-Thérèse había sido sensible a tales reproches, e incluso ahora se percataba claramente de que su suegro ponía mucho cuidado en no pronunciar los nombres de los niños; les hablaba sin nombrarlos, o bien decía «Émile» o «Lucien» en un tono irónicamente enfático, para burlarse. A veces incluso «Mimile» y «Lulu» para recalcar bien el golpe. Con la pequeña Mireille, a la que quería mucho, ya no se andaba con tantos remilgos, y pronunciaba su nombre sin tan siquiera pensarlo.

La susodicha Mireille, fiel a las tradiciones, empezó a gimotear cuando pasaron por delante de la estafeta de correos. Su padre, no menos respetuoso de los rituales, la cogió en brazos antes de que se lo pidiera siquiera. El señor Ladmiral quiso ocuparse de la niña.

—Dámela —pidió.

Arrancó a Mireille de los brazos de Gonzague y le metió un dedo en un ojo, sin querer. La niña berreó, pero el abuelo ya la había levantado, revoloteado por encima de su cabeza, y se la había puesto a horcajadas sobre los hombros. La niña, estupefacta, balbuceante y atemorizada, con el ojo hecho polvo, el corazón encogido, tuvo tanto miedo que dejó de dar alaridos. De pronto estaba encaramada, con el vientre calentito contra la nuca del abuelo, en una posición que le gustaba, en la que se sentía segura, y desde allá arriba el paisaje se volvía mucho más divertido; el paso de su montura la sacudía con suavidad, ya no tenía que caminar, sus muñecas delgadas y frágiles estaban sólida y delicadamente sujetas por dos manazas. Estaba feliz. Se dejaba llevar. El sombrero del abuelo había resbalado hacia atrás. Mireille examinaba las canas alborotadas y el cráneo brillante, color marfil, que ella amaba y respetaba, como un bonito juguete que no le estuviera permitido tocar.

—Te vas a cansar —le indicó Édouard a su padre, con un gesto para volver a coger a la niña.

—¡No, no! Déjame... —protestó el señor Ladmiral.

Y al mismo tiempo aminoró el paso, porque la niña pesaba sobre sus viejos hombros. Édouard, por delicadeza, redujo la marcha también, pero un poco más, y se quedó algo rezagado. Su padre giró la cabeza hacia él.

—¿Cansado? —preguntó con voz vivaracha, un tanto irónica.

Gonzague se molestó. Definitivamente, su anciano padre jamás comprendería las pequeñas atenciones que le dispensaban; sin embargo, no podía señalárselas... Un poco resentido, Gonzague pensó una vez más que la virtud está precisamente en llevar a cabo todos aquellos pequeños gestos en secreto y sin recompensa.

—¿Cansado? Qué va. Me encuentro fenomenal. ¿Y tú?

—¿Yo? De maravilla —replicó el señor Ladmiral—. Hacía tiempo que no veníais.

—Quince días —precisó Gonzague.

—Pues eso mismo digo yo. ¡Ay! Ya sé que no es fácil.

—El domingo pasado... —empezó Gonzague.

—Ya lo sé... ya lo sé... No te disculpes. Yo tampoco voy mucho a visitaros.

El señor Ladmiraal llevaba seis meses sin poner un pie en París.

—Eso es verdad —convino Gonzague—, no hay quien te vea.

—Es que con los trenes —dijo el padre—, menuda historia. Como no tengo motivos para viajar un día determinado, ya sabes lo que pasa: nunca me decido. Pero a vosotros, que sólo podéis venir los domingos, os resulta más fácil. Además, tenéis ya la costumbre, y sois muchos; cuando se va en grupo y se hacen las cosas con regularidad, no es más que una cuestión de organización; lo que se hace a lo grande siempre es más sencillo.

—Por supuesto —reconoció Gonzague.

Y se giró para buscar con la mirada a sus hijos. No los vio.

—Habrán cogido el repecho —aventuró el señor Ladmiraal.

En efecto, Émile y Lucien habían ido por el repecho; cuando el señor Ladmiraal y su hijo llegaron a la casa, se encontraron a los dos chiquillos instalados en el salón, en unos mullidos sillones. Émile hojeaba una revista ilustrada, Lucien no hacía nada.

—Pero ¿queréis salir al jardín? —les gritó entonces Gonzague.

—Estamos cansados —declaró Émile—; hemos cogido el repecho.

—No puedo andar —confesó Lucien, estirando la pierna para exhibir la herida que se había hecho al caer en el montón de piedras.

—Menos bromas —repuso Gonzague—; a ver, ven para acá, y no te hagas el interesante; ve a preguntarle a Mercédès.

Pero se volvió hacia su padre, como devorado por los remordimientos, con ideas de heridas que se infectan, supuraciones, tétanos.

—¿Tienes un poco de tintura de yodo?

Pasaron al cuarto del señor Ladmiraal para la ceremonia de la cura, que fue complicada. A Gonzague no le gustaban los niños remilgados y, sin duda para imprimirles valor a los suyos, les hacía sufrir lo más posible, con amor, cuando los curaba. El corte estaba abierto; Gonzague lo limpiaba enérgicamente con un algodón empapado en tintura de yodo. Luden gritaba como un condenado. Gonzague lo tachaba de gallina sin parar de frotar. Luego, rodeó la rodilla con una tira de lienzo que, esta vez, casi imposibilitaba la actividad de caminar.

—Y, ahora —dijo—, vete a jugar al jardín.

—¿Y Émile? —preguntó el niño, dispuesto a recibir el castigo, pero no él solo.

—Émile hará lo que se le diga —zanjó el padre—. Mientras tanto, haz caso a lo que se te dice a ti.

Lucien salió al jardín, con la pierna tiesa, y acentuando la cojera con tanto celo que el señor Ladmiraal y su hijo se miraron y se echaron a reír con ganas. Una complicidad verdadera los unía en ese momento; se sentían como buenos amigos, como dos colegas de la misma quinta.

—¿Estáis contentos con los niños? —preguntó el señor Ladmiraal.

—Más o menos satisfechos —respondió Gonzague—. El mayor se esmera mucho. (Gonzague, para no contrariar a su padre, evitaba decir «Émile» o «Lucien»). El pequeño, en cambio, no se esfuerza demasiado, pero aun así va aprobando.

—Ya veo —dijo el padre—. Como tú cuando empezaste a ir a la escuela...

Gonzague precisó que, aun en los comienzos, él se aplicaba a fondo.

—Sí —concedió el padre—, tú trabajabas, pero no aprobabas.

—Por eso —repuso Gonzague—, es justo lo contrario: el pequeño no hace nada, pero no sale muy mal parado.

—¡Ah! Bueno... Creía que me decías que...

—No. Te decía precisamente que, al contrario...

—Sí, sí, sí, sí...

No tardó en resolverse el malentendido.

«Qué fastidio», pensaba Gonzague. «Este pobre padre mío lo entiende todo al revés, y cada vez más. ¡Si estuviera sordo! Pero no. Lo que pasa es que no presta atención a lo que se le dice... Pero no puedo decírselo, para él sería un sufrimiento...».

A Gonzague le enterneció su anciano padre, y como Émile andaba todavía por el salón, en el hueco de su sillón, lo mandó con su hermano al jardín. A Mireille la habían perdido de vista. Nada más llegar había ido a buscar a Mercédès a la cocina, y jugaba con varios utensilios. Mercédès iba y venía sin echarle cuentas a la niña, le ofrecía algo de comer de aquí y de allá, y cuando la chiquilla se cruzaba en su camino se limitaba a apartarla con un rodillazo, como habría hecho con un taburete.

Marie-Thérèse no se había quedado mucho rato en la iglesia, pero había oído suficiente para toda la semana. Se encontró con los dos hombres en el taller, sentados en unas tumbonas y fumando cada uno su pipa, intercambiando frases sin interés, que, en efecto, no les interesaban.

Marie-Thérèse tenía prácticamente todas las virtudes, pero muy escondidas. Había sido uno de los motivos de la gran extrañeza que al señor Ladmiral le produjo que su hijo se casara con aquella mujer, y de la que nunca se había recuperado del todo. Tras muchas cavilaciones, había llegado a la conclusión de que Gonzague y Marie-Thérèse se habían casado porque todo el mundo se casa, igual que todo el mundo nace y muere; si bien esta explicación no hacía más comprensible el hecho, al menos interrumpía las pesquisas, y con eso se contentaba el señor Ladmiral. Nunca había creído demasiado en la existencia de su nuera, y en lo demás se las apañaba muy bien sin creer. Marie-Thérèse, por su parte, jamás se había hecho preguntas. Ella quería a su suegro, por la razón de que a los miembros de la familia se les tiene afecto, así como a los de la familia política, mientras no estén en juego las cuestiones

de amor propio, y ella era feliz así. Porque era feliz, ciertamente. Algo despacio, pero con aplicación y placidez. Los días siempre tenían veinticuatro horas, la casa iba bien. Y, sobre todo, desde que se casó, Marie-Thérèse saboreaba día tras día el placer de no tener ya que trabajar. Su marido y sus hijos le daban más quebraderos de cabeza que los que había padecido en todos sus años de oficina, pero ella no lo sabía. Ya no tenía que ganarse la vida; un varón se ocupaba de ello; había alcanzado su meta; había puesto distancia, abandonado en su miseria, acaso más comfortable, a las amigas que se habían quedado solteras. Ella se había establecido, regodeado, en la maravillosa pereza conyugal y doméstica de las mujeres laboriosas. Más vale un dueño que un patrón; Marie-Thérèse se creía libre, y quizá lo fuera. Con el sueldo del marido siempre llegaban a fin de mes, y bastaba para vivir puesto que su vida se regía a tenor de éste. Por lo demás, cada vez que habían temido que no les llegara, Édouard había recibido un pequeño aumento; no mucho, pero sí lo suficiente. Marie-Thérèse era una de esas insólitas criaturas que nunca han sufrido apuros económicos. Ese rasgo merece ser subrayado, y bastaría para demostrar que Marie-Thérèse no era una mujer cualquiera, a pesar de las apariencias. Pero, en realidad, las apariencias pesaban. Es lo que se repetía una vez más el señor Ladmiraal al levantarse con educación en el momento en que su nuera entraba en el taller. Marie-Thérèse estaba en la media: de cintura, de corpulencia, de cara. Rasgos un poco espesos, apacibles, ni guapa ni fea, como se dice de las mujeres que no son guapas. Por falta de tiempo, de costumbre y, sobre todo, de gusto, Marie-Thérèse se maquillaba poco; y, como todas las mujeres que se maquillan poco, se maquillaba mal. El carmín y los polvos la afeaban, y por ello despreciaba a las mujeres pintadas y, en general, a las mujeres elegantes. Es decir, que no se llevaba bien con Irène, la hija del señor Ladmiraal, que la escandalizaba y, al mismo tiempo, le inspiraba temor; sin embargo, como no se veían casi nunca, Marie-Thérèse se había convencido de que sentía cariño por su cuñada, como está mandado.

Se sentó en un diván de estilo oriental, principal elemento decorativo del taller. El señor Ladmiraal profirió un grito.

—¡En el diván no! ¡Está posando!

—¿Cómo?

El señor Ladmiraal explicó que estaba pintando por vigésima vez una vista de su taller; había dispuesto los cojines del diván en un sabio desorden, y un gran chal de seda amarilla colgaba hasta el suelo, con un movimiento negligente y estudiado. Marie-Thérèse comprendió de inmediato.

—Va a quedar encantador —dijo, pues había aprendido la palabra «encantador» de la familia Ladmiraal, y nunca la empleaba delante de otros interlocutores. Le habría dado vergüenza.

Se levantó para ir a mirar, en un caballete, el lienzo empezado. Marie-Thérèse, formada por su marido en las bellas artes, adoraba la pintura del señor Ladmiraal. Cierto es que no conocía otra.

—¿Sabe usted? —comenzó—. Debería dibujar un gato encima de los cojines, como hizo con el gran formato del invierno pasado, ¿se acuerda?

En ese momento, una bola de barro vino a estrellarse contra la cristalera del taller. Édouard se asomó corriendo. Vio en el jardín a Émile y a Lucien, sentados en el césped, muy tranquilos, en la postura del niño que no acaba de tirar una bola de barro contra los cristales, y terriblemente mohínos. Édouard, a través del cristal, les dirigió unos violentos reproches; los niños no oían sus palabras, pero el espectáculo de su padre moviendo la boca y los brazos en silencio hizo que se desternillaran de risa.

—¡Y encima se ríen! —exclamó Édouard, fuera de sí.

—Comprende —intervino Marie-Thérèse— que estos niños no saben entretenerse al aire libre. Y no es de extrañar —añadió, girándose hacia su suegro—, porque no están acostumbrados. En cierto modo, es mejor para los niños parisinos, porque no tienen jardines; así no lo echan de menos. Mire a Lucien, por ejemplo: si por casualidad me lo llevo a los Jardines de Luxemburgo, o adonde sea, se va derecho al templete de los conciertos; no le gusta la intemperie a este niño, es como su hermano. Es una pena, de acuerdo, pero a su edad ya no van a cambiar.

El señor Ladmiral, que siempre tenía miedo de que le pusieran el taller patas arriba, examinaba la cristalera con cuidado, el ceño fruncido, y se aseguraba de que no hubiera entrado ningún pegote de barro. No estaba muy contento, pero no quería que se le notara; es muy molesto que parezca que siempre se está quejando uno, y regañar a los nietos; un abuelo lo perdona todo, eso lo sabe cualquiera. Pero estos críos son inaguantables.

—Y menos mal que no han lanzado una piedra —comentó Marie-Thérèse, optimista—. Pero eso, no; los conozco, y no son unos salvajes.

—Lo que no quita —terció Édouard— para que el pequeño rajara la campana de la quesera, el otro día, con una llave inglesa.

—Sí —convino la madre—; pero lo de la quesera no fue culpa suya. Hágase cargo —explicó al señor Ladmiral—, cambié de señora de la limpieza, porque la antigua se mudó de barrio. Un problema con su casero; debo decir que no era una chica formal. Y la nueva no sabe todavía dónde van las cosas; eso explica lo de la quesera; y si no estoy todo el rato pendiente de ellos...

—Si la puerta del armarito amarillo hubiera estado cerrada —la interrumpió Édouard, en el tono del razonamiento irrefutable—, y si Lucien no hubiera revuelto en mi caja de herramientas...

—¡Ah! Bueno, lo de revolver en tu caja de herramientas, de acuerdo, eso ya es otra cosa —reconoció Marie-Thérèse—. Lo que yo decía era por eso que habías dicho tú, es una brutalidad que...

—En cualquier caso —intervino el señor Ladmiral, que se aburría con aquella historia—, no os hagáis cruces por la bola de barro...

Édouard ya se había olvidado del incidente. Tuvo que hacer un rápido repaso de los hechos para vincular el barro con la quesera. Se percató entonces de que para

continuar la discusión con su mujer estaba obligado a contradecir a su padre. Vivió, pues, un instante de confusión; definitivamente, la vida familiar es de lo más complicada. Édouard se agarró la barba con angustia, como para ordeñarle la inspiración; por espacio de un segundo se imaginó sin esposa, sin hijos, sin padre, libre por fin. Y enseguida fue presa de un gran temor y se aferró aún más fuerte a la barba, como a una rama. Observó la barba de su padre, y a su padre por completo, con cordialidad, el rostro bonachón que siempre había conocido, la chaqueta de pana negra, la sosegante Legión de Honor. Todo volvió a su sitio. Édouard, reconvertido en Gonzague, se enjugó la frente.

—Tienes razón —le dijo a su padre.

El señor Ladmiraal no entendía muy bien en qué llevaba razón. Al principio, se sintió halagado. Pero enseguida pensó que su hijo le daba la razón para complacerlo y que reinara la paz. Como todos los ancianos, el señor Ladmiraal detestaba que lo trataran como a un anciano.

—Tienes razón —repetía Édouard.

—Naturalmente que sí —repuso el señor Ladmiraal en un tono muy irónico.

—Pues sí, «naturalmente que sí» —repitió Édouard, que trataba de bromear. Y pensaba: «Es terrible; no sabe uno cómo contentarlo».

Allá arriba se construyó despacio una suerte de conversación entre el señor Ladmiraal, su hijo y su nuera. El anciano padre estaba distraído. Miraba el rincón del taller que había empezado a pintar hacía tres días y buscaba secretos en el rojo de un cojín, en el pliegue de una colgadura, con unas ganas de descubrirlos tan feroces que volvía a sentirse joven, con una certeza tan total y tan amarga de no encontrar nada que se sentía muy viejo; más que viejo, muerto; más que muerto, acabado.

Los dedos le picaban, habría querido coger la paleta, mandar al diablo a aquellos visitantes que le hacían perder el tiempo. Y de inmediato pensaba: «¡No! Que no me dejen solo, porque no encontraré nada. ¿Qué otra cosa mejor puedo hacer con el tiempo que perderlo?».

Al cabo de un rato bajaron al jardín. Los dos niños estaban tumbados boca abajo en el césped y pretendían prenderle fuego a un escarabajo captando los rayos de sol a través de un pedazo de cristal. Lucien se había hecho un leve corte en el pulgar, pero ocultó con cuidado la herida por miedo a la tintura de yodo. Les explicaron a los niños que su crueldad no tenía nombre y que, por lo demás, nada conseguirían así porque hacía falta una lupa.

—Ya lo sé —dijo Émile—, pero no tenemos lupa.

—El abuelito nos podría prestar la suya —propuso Lucien—. Yo sé dónde está.

El señor Ladmiral cuidaba su lupa como a la niña de sus ojos, o más en general, como a todos los objetos que poseía. Hizo oídos sordos.

—Abuelito —insistió Lucien—, ¿nos prestas tu lupa? Yo sé dónde está.

—No seas pesado —le dijo Édouard, que tiraba ya de su padre. «El pobre hombre», pensaba, «se va a sentir obligado a prestarles la lupa, y yo sé que le fastidiará».

—Sí, hombre, sí —accedió el señor Ladmiral—. Puedes cogerla —le dijo a Lucien—. Eso sí, tened mucho cuidado. Y, sobre todo, prendedle fuego a las ramitas, si queréis, o a trocitos de papel, pero a los animales, no. —«Me van a romper la lupa», pensaba, «pero no quiero negárselo todo. ¡Por Dios, qué mal educados están estos niños!»—. Y a Marie-Thérèse le explicó: —Gonzague siempre tiene miedo de que me lo rompan todo.

—Si lo decía por ti —intervino Édouard.

—¡Lo sé muy bien! —exclamó el señor Ladmiral, dando un empujoncito a Gonzague—. Eres el mejor hijo del mundo.

—¡Y tú el mejor padre! —replicó Gonzague, devolviéndole el empujón.

Marie-Thérèse pensaba que era conmovedor ver a un padre y a un hijo llevarse tan bien. Y, muy contenta, cogió del brazo al señor Ladmiral para dar una vuelta por el jardín.

El jardín era grande, lleno de flores encantadoras, con altos árboles que se mecían ligeramente en una gloria solar. Los muros que lo delimitaban eran bajos, y tras ellos empezaba el campo, pronto acotado a un lado por el bosque. Al señor Ladmiral le encantaba su jardín y estaba orgulloso de él; lo había pintado cien veces; lo admiraba como a un tesoro. Ni una sola hortaliza se criaba en él, sólo flores y árboles. La menor cantidad posible de frutales; árboles de verdad.

Édouard había cogido el otro brazo de su padre. Caminaban los tres entre las flores, dando pasitos cortos. Édouard sintió que una bocanada de calor le subía al rostro, y comprendió que estaba emocionado. Miró a su padre, a su vera, un poco más bajito que él, y encorvado; veía, desde arriba, el cráneo rodeado de cabellos blancos formando una corona; sentía contra su brazo el brazo aún firme de su padre y el calor húmedo, desagradable, de la axila. Estaba un poco inquieto, no sabía por qué, y de pronto sintió que se le encogía el corazón, como si estuviera a punto de sobrevenirles una catástrofe. Instintivamente apretó el brazo cálido de aquel anciano como para sostenerlo, y aminoró la marcha. Acababa de pensar que su padre moriría; y no un día, como todo el mundo, sino pronto. Miró a su padre y, como eran dos los que lo llevaban del brazo, pensó que le costaba andar.

—¿No estás cansado? —le preguntó con una voz demasiado aprensiva.

—¿Cansado? ¿Yo? ¿Y de qué iba a estar cansado?

Édouard aflojó el brazo de su padre. Tuvo ganas de soltarle una fresca, se contuvo y emitió una especie de suspiro.

—¿Estás sin resuello? —preguntó el señor Ladmiraal. Acto seguido subió los peldaños tapizados de césped que ascendían hasta un pequeño mirador. Había allí un banco de piedra en el que se sentaron los tres. Édouard apretó los dientes, porque sabía lo que iba a decir su padre. Y, en efecto:

—Aquí fue —dijo alegremente el señor Ladmiraal al tiempo que tomaba asiento —, aquí fue donde se posaron las posaderas.

Édouard soltó una risita, como cada vez. El señor Ladmiraal, como cada vez, dio una palmada en el muslo a su hijo.

—Las bromas más viejas son las más antiguas —añadió, como cada vez.

Y abarcó el paisaje, en medio del cual se veía una carretera en construcción. Para eliminar un rodeo, habían abierto una zanja en la colina; la nueva carretera iría todo recto. Como era domingo, la obra estaba desierta.

—¿Has visto lo poco que han avanzado en quince días? —preguntó el señor Ladmiraal—. (Digo quince días porque no vinisteis la semana pasada... Pero no os lo reprocho...). ¡Es una ridiculez! Más de un año llevan ya trabajando (¡y digo trabajando por decir algo...!). Y todo para ganar ¿cuánto? Cuatrocientos metros, tal vez... Pero parece ser que estamos en el siglo de la velocidad, y gobernados por personas en automóvil... ¡En fin!...

El señor Ladmiraal se servía del automóvil, y de buena gana, cada vez que podía, pero le guardaba un profundo rencor. Édouard sentía despuntar la vieja discusión sobre el automóvil, el progreso, los buenos tiempos, la política y la cuestión social, la vieja discusión que él rehuía desde hacía años, y que su padre trataba una y otra vez de abordar. Exhaló un suspiro.

—¡Pues sí...! Es lo que tú dices.

El señor Ladmiraal sintió que su hijo, una vez más, se amedrentaba. Sufrió un cambio de humor.

—En fin... Yo soy de otra época... Pero a ti, que eres joven, todo esto debería parecerte muy bien...

—¡Pues sí...! —repuso Édouard—. Debería... Pero no. Soy como tú, considero ridículo gastar millones para ganar cuatrocientos metros de carretera.

—Tú también, ¿eh?...

El señor Ladmiraal parecía defraudado. Aquella aprobación perpetua seguía molestándole. Sus propias opiniones, cuando su hijo las secundaba, le parecían mucho menos válidas; como las juzgaba atrasadas para un hombre de cuarenta años, se acusaba a sí mismo de haberse quedado atrás y se resentía un poco con Gonzague.

—Tu hermana no opina como tú —añadió al cabo de un momento, para relanzar la discusión.

—Pues fíjate que no me extraña nada —replicó Édouard con una risilla agria.

—¿Y eso? Si algo no le falta a Irène es buen juicio.

Édouard no pudo contener un sobresalto. Tenía a su hermana por una descerebrada sin luces. Pero ¿de qué serviría enzarzarse en una discusión con su

padre, y más aún sobre un tema tan delicado? Édouard sólo pedía una cosa: complacer a su padre. Sabía muy bien que el señor Ladmiral lo pasaba mal con las desavenencias entre sus dos hijos; ¿para qué ponerle en bandeja el espectáculo, o el comentario? Máxime después de la angustia de hacía un momento, la iluminación merced a la cual había comprendido que su padre moriría pronto, Édouard estaba decidido a ser prudente, a evitar cualquier riña, a ahorrarle al señor Ladmiral cualquier sufrimiento y disgusto. Aquel anciano, aquel viejo pintor que cerraba ya una existencia apacible y sensata, merecía que se hiciera todo lo posible para facilitarle el fin de su vida tal y como él la quería y la veía. Aunque fuera a costa de pequeñas concesiones. En ese momento, Édouard adoraba a su padre. Sin embargo, todo tiene un límite; y el señor Ladmiral acababa de decir que a Irène no le faltaba el buen juicio, lo cual era realmente... ¡En fin!...

—Pues claro, por supuesto —respondió Édouard—. Irène puede parecer, a veces, un tanto... —No había podido contenerse, pero se rehízo enseguida—. Pero sí, juiciosa es...

Sentía dolores en la boca por haber pronunciado aquellas palabras. Se masajeaba la barba, se tiraba, para pensar en otra cosa. ¡Irène, juiciosa!... No, eso sí que no... Había que hacer algo, decir algo al menos... No podían quedar así las cosas... Édouard hizo un terrible ejercicio de contención para morderse la lengua; casi tenía ganas de llorar, sentía un ahogo, como los niños cuando descubren la injusticia; a él mismo le asombraba un movimiento tan violento. ¿Por qué aquella bocanada de cólera, aquella emoción que lo dejaba sin aliento? ¿Acaso un remanente del miedo que acababa de experimentar ante la idea de que su padre moriría, de que su padre iba a morir? Su mano castigaba la barba, tan fuerte que los recios pelos rechinaban.

Marie-Thérèse, sentada al otro lado del señor Ladmiral, oyó ese ruido de barba que tan bien conocía. No había abierto la boca cuando hablaron de Irène; ella nunca se metía en aquel tema; tenía su propia opinión acerca de su cuñada. Era inútil emponzoñar las cosas. Pero el ruido de barba la inquietaba. Miró a su marido; Édouard la miraba también, y todo quedó resuelto. Entre ellos existía una compenetración física perfecta, y una mirada bastaba para establecer cuándo estaba todo dicho y entendido. Era la gran fortaleza de Marie-Thérèse, que ni el señor Ladmiral ni nadie aparte de su marido había podido entender jamás. Édouard se calmó al instante, quedó restablecido, absuelto. Pensó: «No, yo no soy ningún rufián; adoro a mi mujer; ¿de qué habría de tener miedo?». Y, detrás de todo esto, aquella idea muy fuerte y tranquilizadora de que su padre no se moriría. Édouard estaba salvado; soltó la barba.

—Por lo demás —continuó el señor Ladmiral (porque todo esto había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos)—, por lo demás, es como tu barba. Llevas la barba igual que tu viejo padre; no es de extrañar que tengas ideas tan atrasadas como las suyas.

—Édouard es su vivo retrato —intervino Marie-Thérèse, que creía obrar bien.

Se produjo un breve silencio, que Marie-Thérèse no comprendió del todo. El señor Ladmiraal, que pensaba en su hija, percibió aquel silencio y se angustió. Rápidamente, enlazó:

—Hablando de retratos, hace poco leí, no recuerdo ya dónde, una cosa muy curiosa sobre los retratos de Eugène Carrière. Sobre sus primeros retratos...

Hablaba aún cuando la pequeña Mireille vino a su encuentro. Corría al sol, con el pelo negro golpeándole en el rostro, que sonreía por completo, corriendo con los brazos tanto como con las piernas, y gritando que el almuerzo estaba servido. No supieron, ninguno de los tres, si lo que los aplacaba tanto era el anuncio de la comida o la presencia de la niña. Pero todos quisieron coger a Mireille de la mano para volver a la casa.

Cuando entraron en el comedor, los dos niños estaban ya sentados a la mesa y apuraban un vaso de agua. Habían querido enjuagar los vasos para que no se viera el poso del chorrito de vino que acababan de beber a escondidas.

El almuerzo transcurrió bien. Siempre era la parte más fácil y agradable de la visita, porque la comida proporcionaba temas de conversación y al mismo tiempo permitía que se prescindiera de ella. El señor Ladmiraal disfrutaba de la buena mesa, sin excesos y con gusto, y Mercédès era buena cocinera. El comedor era agradable: una estancia grande embaldosada y fresca que daba al jardín a través de tres ventanas que dejaron abiertas. Entraban avispas.

—Si quieres quitarte la chaqueta... —propuso el señor Ladmiraal a su hijo.

A Édouard le habría gustado, e incluso se llevó la mano al cuello almidonado para desabrochárselo; pero no se atrevió. Sabía que su padre odiaba a la gente desastrada y que sólo se lo había dicho por educación, con la esperanza de que no aceptara. En un primer momento, Marie-Thérèse se dejó confundir; la mujer insistía:

—¡Pero quítate la chaqueta! ¿No ves que tu padre te da permiso? ¡Mira cómo sudas!...

—Que no, estoy perfectamente —replicaba Édouard—. ¡No hace tanto calor!

—¿Cómo hay que decírtelo? —dijo Marie-Thérèse frotándose el contorno del cuello con la servilleta—. En casa se pone cómodo en cuanto se nota un poco el calor; razón de más en el campo, ¿o no?

—Por supuesto —convino el señor Ladmiraal.

Le guardaba rencor a su hijo por hacerse tanto de rogar, y le guardaba rencor por la posibilidad de que, en efecto, se quitara la chaqueta, como un carretero. Y como Gonzague, al final, para no disgustarlo, se la dejaba puesta, el señor Ladmiraal le guardaba rencor por que le faltara valor para tener opiniones propias.

Comieron un pollo enorme; los niños devoraban en silencio; también Mireille, perfectamente restablecida ya, se atiborraba a conciencia, indiferente a los dramas que preparaba para el viaje de regreso.

—Cuidado con la niña, por el tren —señaló Gonzague.

—De todos modos va a marearse —replicó Marie-Thérèse—; qué más da, que coma bien al menos.

—¡Qué manera de comer! —suspiró Lucien dejando el vaso, que acababa de engullir para hacer un poco de hueco.

—¡Fabuloso! —exclamó Marie-Thérèse con la boca llena—. Sigue, ratita.

El señor Ladmiral pasaba un mal rato, pero mantenía la sensatez. Es culpa mía, pensaba; soy demasiado delicado; estos niños no están peor educados que el resto; lo que ocurre es que soy un abuelo difícil. Estoy muy contento de que hayan venido y estén comiendo bien, los quiero mucho... Y, para conjurar los malos pensamientos, llenó de vino hasta el borde el vaso de Émile. Éste lo vació de un trago; era lo más seguro, justo en el momento en que su padre protestaba:

—¿No pretenderás que se beba todo eso?

Émile, triunfante, blandió su vaso vacío para mostrar que había estado a la altura de las circunstancias.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó—. ¡Pero si esto no es nada! Una vez me cogí una borrachera. ¿Te acuerdas, mamá?

—Eso, tú encima pregónalo —respondió la madre—. Pero —añadió, dirigiéndose al señor Ladmiral, a modo de excusa— ¡tendría usted que ver lo que le contó su padre!

—¿Te emborrachaste? —inquirió el abuelo con una sonrisa y adoptando el más vivo interés—. Cuéntame.

—El día que ayudé al portero a repartir el vino en las botellas —explicó Émile—. En la bodega no se veía nada; me guardé un cuarto, y cada poco daba un lingotazo. ¡Al final llevaba una curda...!

—Sí, es como para estar orgulloso —apuntó Gonzague.

—Yo no digo que esté orgulloso —rebatió Émile—. Es que el abuelo me ha preguntado.

—¿Y te pareció agradable? —quiso saber el abuelo.

—¡Ya lo creo! Además, ¿sabes, abuelo? Dicen que se ve doble, pero es mentira; yo no veía nada de nada; ni doble, ni triple. ¿Tú te has cogido alguna borrachera, abuelo?

—Dios mío —exclamó el señor Ladmiral, sonriente—, hace ya tanto tiempo...

—Me habría gustado verte —dijo Émile con una ancha sonrisa—. ¿Y papá se ha cogido borracheras?

—Pregúntale a él —sugirió el señor Ladmiral.

—Él dice que no.

—Tu padre es un hombre muy serio —dijo el señor Ladmiral, en un tono donde la ironía era tan ostensible que Édouard se picó y se disgustó, seguro de que sus hijos la habían percibido. Iba a abrir la boca para desviar la conversación cuando Lucien enlazó:

—El otro día, en el instituto, el profesor preguntó si nos habría gustado vivir en la Antigüedad; hubo uno que dijo que sí, entonces le preguntó por qué, y el chico respondió: «Para ser ilota, porque les pagaban por beber para que los niños vieran los efectos».

Édouard se indignó; era menester intervenir de inmediato, antes de que a Marie-Thérèse le diera tiempo de preguntar qué era un ilota.

—¡Qué listo! —comentó en tono severo—. ¿Y qué respondió el profesor?

—Se partió de risa —explicó Lucien.

El señor Ladmiraal reía con ganas; no le enfadaba ver a los niños escandalizar un poco a su padre. La juventud tiene chispa, definitivamente. El señor Ladmiraal llenó de vino una vez más los vasos de los chiquillos, que los vaciaron de un trago y tan rápido que parecía un concurso. Émile emitió a continuación un gran eructo, satisfecho, y Lucien se atragantó y le dio un golpe de tos, los ojos llenos de lágrimas.

—Se van a poner malos —dijo Marie-Thérèse.

—*Bonum vinum* —replicó el abuelo—, *bonum vinum*...

Y trató de iniciar con su hijo una pequeña discusión a cuenta de si había que decir «... *laetifiat cor humanum*» o «... *laetificat cor hominum*». Édouard, para aquella clase de conversaciones, poseía un rendimiento mediocre; y siempre le incomodaba que se hablara delante de su mujer de cosas que no eran de su interés. Émile, que creía saber latín, y que empezaba a haber bebido de más, se entrometió en la conversación con una voz tan desabrida que hubo que mandarlo callar. No insistió. Se había dado cuenta de que a su abuelo le había alegrado ver que se interesaba por tan erudito debate, y prefería quedarse con aquel beneficio, que le valdría un suplemento de vino antes de que acabara la comida. Su prudencia fue recompensada. Émile bebió más vino con los quesos; experimentó esta vez menos deleite, porque la cabeza ya le daba vueltas; estaba empachado de comer, le ardía la cara; le costó un gran esfuerzo apurar el último vaso, pero valerosamente lo logró.

Fieles a la costumbre, fueron a tomar el café al jardín, bajo un cenador del estilo más clásico, pero agradable. Habían dado permiso a los niños para que fueran a jugar al prado que prolongaba el jardín, un bonito prado con hierba mullida, repleto de manzanos frondosos y retorcidos. A decir verdad, más que permiso, les habían dado una orden. Ellos no tenían ganas de ir a jugar al prado; lo único que les apetecía era quedarse en la casa y dormir. Peor para ellos, ya dormirían en el prado.

Bajo el cenador, el señor Ladmiraal y su hijo bebían muy despacio unas copitas de licor. Marie-Thérèse, un poco colorada, un poco lustrosa, tejía un calcetín a una velocidad milagrosa. Las agujas de hierro brillaban a veces con los rayos de sol que ellas mismas dispersaban, y el señor Ladmiraal pensó con dulzura que la joven tenía las manos llenas de estrellas; aquella idea lo despabiló un poco; sonrió. Los juegos de luz bajo el follaje del cenador lo fascinaban, lo sumían en una suerte de embriaguez sosegadora. Era tan bonita la luz estival, y aquel vaho seco de colores intensos por todo el jardín, los verdes y los rojos, y el dorado, y aquel sol como un líquido o un

polvo, que no se comía los colores, no, es mentira lo que dicen, sino que los volvía vivos, plenos, a punto de estallar, como si cada uno fuera una pequeña criatura que solicitaba caricias, o una palabra que había que comprender. En esos momentos, el señor Ladmiraal sabía que amaba la pintura por encima de todo, que no se arrepentía de nada en su vida, y que, a fin de cuentas, poco importaba que no hubiera triunfado más, porque comprendía lo que habría tenido que hacer, porque, aun sin alcanzarla, divisaba la cima. En un sopor, en medio de esa luz deslumbrante y cálida que lo templaba por completo, las manos trémulas, el ojo vago, el señor Ladmiraal compuso vagamente la imagen de un Moisés que moría después de mucho penar, viendo de cerca la tierra prometida, pero sin escrúpulo ni pesar, porque él no era responsable de nada ni de nadie, porque, sencillamente, iba a morir después de haber visto, comprendido, amado lo que amaba. Hay quien muere por menos. Distinguía la negra silueta de su hijo a su lado. Negra era mucho decir; distinguía tonos bermejos, azules, y el rostro, de pronto, le pareció terriblemente violáceo, casi púrpura. Era eso lo que habría tenido que pintar, adivinar. Demasiado tarde. El señor Ladmiraal se amodorraba poco a poco y era consciente de ello; se dejaba llevar, así, en el deslumbramiento de una bonita luz, ¡qué perfecta alegría! Y hete aquí que mi hijo se ha vuelto púrpura, pensaba. ¡He hecho un hijo púrpura! El señor Ladmiraal dormía.

Gonzague miró a su padre, cuya cabeza acababa de abandonarse sobre el respaldo de la tumbona. Aquellos ojos cerrados, aquella sonrisa que se adivinaba bajo la maleza de pelo blanco, aquella serenidad perfecta le inspiraron temor. Sí, un día sería así, con la monstruosa diferencia de que sería así para siempre. Y Gonzague se alegró tanto de que su padre no hubiera muerto que sintió por él un reconocimiento apasionado. Al mismo tiempo, se le venía a la cabeza la idea, muy simple, de que su padre se había quedado dormido, como siempre, después de comer. Lo único que podía hacer por él, en aquel momento, era no turbar su sueño. La siesta del señor Ladmiraal era una institución sagrada. Gonzague se levantó despacio y su mujer lo hizo también. Desplegó un periódico que había en lo alto de la mesa de forja y lo colocó sobre la cabeza de su padre, para protegerlo del sol y de las moscas. El anciano se removió un poco sin despertarse, y dio las gracias como hablando en sueños. Gonzague levantó la bandeja del café, su mujer cogió la botella de licor y las copitas, y ambos salieron del cenador, muy despacio, pisando con mucha cautela para que la grava no chasqueara. Gonzague miró a su mujer; intercambiaron una sonrisa tierna, emocionada, como las que se intercambian delante de una cuna; y los dos, cargados de objetos frágiles y caminando con precaución para no hacer más ruido que el sol y los insectos, entraron en la casa, dejando dormido al anciano.

Nada hay más contagioso que la siesta. Todo ocurre como si los placeres no fueran sino enfermedades a las que no se atreve uno a ceder. Nos resistimos, porque consideramos que es nuestro deber; pero, en cuanto alguien se deja llevar, todo el mundo le sigue. ¿Tan fácil era, pues? ¿Bastaba con abandonarse? ¿Y qué hay de malo, al fin y al cabo, en dormir después de una buena comida? Vacilamos, por falsa vergüenza. Cada uno espera que empiecen los demás y que pueda dormirse el último, a escondidas. Espera también despertar el primero, para que así nadie sepa que ha dormido; podrá incluso jugar al juego de burlarse de todos esos perezosos que sólo habrán dormido unos pocos minutos más que él. Hay personas que consiguen así, a lo largo de una vida entera, y sólo vigilando el tiempo de su sueño, hacer creer que nunca duermen.

Gonzague y su mujer eran menos delicados. Antaño habían jugado a ese juego del escondite, una con su costura, el otro tras un periódico; pero a fuerza de verse pillados en la trampa, ora uno, ora la otra, habían renunciado a los trucos. Ahora, cuando el padre iniciaba su siesta, ellos se iban a dormir, y tan ricamente. Édouard y Marie-Thérèse llegaron, pues, al salón, tras haber dejado la bandeja y las botellas en el comedor, donde Mercédès los saludó con esa mirada que los criados reservan a los señores que se retiran a dormir en pleno día, y que ellos fingieron no haber visto. En el salón interpretaron por un momento la comedia del cómodo descanso; Marie-Thérèse se había echado en un sofá mullido; Édouard se había sentado en una butaca de cuero. Aparentaron, primero, querer charlar.

—¿Cómo has visto a mi padre? —preguntó Édouard.

—Como siempre.

La respuesta era ambigua, tal vez. ¿Debía profundizar? Édouard dudó. Pero, como Marie-Thérèse no había visto peor al padre, era inútil alarmarse. ¡Y el señor Ladmiral, entretanto, bajo el cenador, dormía un sueño tan bueno, tan apacible...!

—¿No lo despertarán los niños? ¿Dónde están?

—La niña está durmiendo —explicó Marie-Thérèse—. Los niños deben de estar en el prado.

Esto evidenciaba tan palmariamente que los niños también dormían, a la sombra de los manzanos, que los padres, a su vez, sintieron cómo el sueño iba apoderándose de ellos. Ya sólo hubo unos pocos sobresaltos vagos. Y ninguno de los dos tuvo el placer de ver al otro dormirse primero. ¡Qué maravilloso es echarse la siesta! Édouard había tenido apenas tiempo, haciendo como si se acomodara en la butaca, de abrirse discretamente el falso cuello almidonado y desabrocharse el pantalón, que le apretaba la barriga.

Los despertó el ladrido de un perro, y el galope de un animal de gran tamaño que hacía rechinar las uñas sobre las baldosas del corredor y se daba contra las paredes. La puerta se abrió con gran estruendo. El perro, un caniche negro, flaco, bigotudo, de pelaje rizado y gesticulante, se abalanzó al interior de la habitación, olfateando y ladrando. Marie-Thérèse, desvelada en plena pesadilla, se acurrucó en el diván.

Gonzague se llevó la mano al cuello para reparar el desorden de su atuendo. El perro, tras derribar un velador demasiado ligero, ya había desaparecido. Sólo quedaba, de pie en el vano de la puerta, una joven muy elegante y maquillada que cargaba con la pequeña Mireille con su par de robustos brazos, y gritaba:

—¡Vosotros dos, arriba! He encontrado esto. ¿Es vuestra?

Era Irène, la hermana de Gonzague. Sólidamente plantada sobre sus piernas, vestida con un traje sastre de tela gruesa que olía a lujo y a coche-cama, reía a mandíbula batiente. Dejó a Mireille en el suelo y fue a abrir los postigos de una de las ventanas. La estancia quedó bañada de sol.

—Vaya —arrancó Édouard—, pero si eres tú. Buenas.

Adoptaba ese tono de voz indiferente, diáfano aunque ronco, con el que uno pretende hacer creer que no se ha despertado de sopetón. Marie-Thérèse, por su parte, no se andaba con tantas contemplaciones. Se movía presurosa en el sofá, adormilada y entorpecida por el sueño, apartándose un mechón húmedo que le jalonaba la frente.

—Pero ¿qué pasa? ¡Ah! ¡Es usted!

Se sentó, se recompuso las faldas y se calzó los zapatos, que se había quitado para dormir y que ahora tenían una talla menos.

Irène les estrechó la mano a su hermano y a su cuñada.

—¿Cómo estáis? ¿Bien? Vaya horitas para dormir, ¿no os da vergüenza, con lo trabajadores y respetables que sois? ¿Y el maestro, dónde está? ¿Y el resto de vuestros queridos querubines?

—Papá está durmiendo en el cenador —explicó Gonzague—. No lo despiertes.

—No le sienta nada bien dormir así —opinó Irène—. Hacéis mal en permitirselo.

Salió como una exhalación. La oyeron llamar al perro a voces. Marie-Thérèse, tirando a ambos lados de los muslos y contoneándose, se recolocaba la faja. Édouard se había levantado e intentaba abrocharse el cuello, con los codos en alto, la cabeza hacia atrás y una mueca de sufrimiento.

—¡Va a despertar a papá, esto es ridículo!

Mercédès, por su parte, al oír a Irène corriendo por la casa también se había echado a temblar. La siesta del señor Ladmiral, que incluso la sirvienta respetaba, iba a verse interrumpida. Salió de la cocina, decidida a imponer silencio.

—Buenas, Mercédès —voceó Irène, pasando de largo—. Le he traído pomelos. Al señor le encantan. En el coche los he dejado.

Sin dejar de correr se desembarazó de la chaqueta, la enganchó a un colgador del vestíbulo al pasar, salió al jardín de un brinco y llamó: «¡Eooo!», avanzando a grandes zancadas hacia el cenador y levantando grava.

El señor Ladmiral, al despertarse, hizo un movimiento y tiró el periódico que le cubría la cabeza. Durante un breve instante se distinguió la boca un tanto torcida, el ojo vago, de un anciano con mal despertar; era el difícil paso del sueño a la vigilia. El señor Ladmiral, nada contento, buscaba en derredor con la mirada para emprenderla con Émile o con Luden. Vio a su hija y se le iluminó el semblante.

—¡Irène!

Levantó los brazos al cielo, perfectamente despabilado, encantado, se incorporó en la tumbona, se pasó los dedos por el pelo, se alisó la barba y carraspeó un poco desde el fondo de la garganta para aclarar la voz enronquecida por el sueño. Irène estaba ya a su lado y le daba dos besos en las mejillas.

—Tienes la barba empapada —observó—. Menuda estupidez, dormir así, a pleno sol. ¿Cómo estás?

—Así, así —respondió el señor Ladmiral, contento de poder hablar por fin de su salud entrando un poco más en detalle—. Según el día. Ayer y anteayer, por ejemplo...

—He conseguido escaparme un ratito —lo interrumpió Irène, que ignoraba eso que se da en llamar salud, tanto la suya como la de los demás—. Es una suerte. Iba a comer con unos amigos, pero, en el último momento, ¡zas!, la mujer se ha partido la cabeza por las escaleras; y donde digo cabeza me refiero a la pierna; de hecho, la chica tiene más piernas que cabeza... Una lástima para ella, que iba a salir de viaje pasado mañana; y una lástima para mí también, que tendré que ir a verla a la clínica, con lo mal que me viene ahora mismo. Total, que me he dicho: «¡Oye! Hace ya mucho que no veo al maestro, voy a aprovechar». Y aquí estamos. ¡Pero qué calor por el camino! Tú la conoces, a mi amiga; en fin, te he hablado de ella otras veces; es Marinette, la muchacha a la que le vendí mi antiguo coche. Bueno, ¿qué me cuentas? ¡Hay que ver la de tiempo que llevaba sin verte! Pero no has cambiado ni una pizca. ¿Y yo? Te conozco muy bien; no tienes muy buena cara, ¿eh? Tendrías que hacer más ejercicio; si quieres, podemos ir a dar una vueltecita ahora; te he traído pomelos, ya he avisado a Mercédès; entre paréntesis, la he notado rara, a Mercédès; no estará embarazada, ¿no? Evidentemente, mucho me extrañaría. Éste es mi perro, ¿qué te parece? Nunca adivinarías cómo se llama: ¡se llama Médor! No me digas que no es guapo. Todos mis amigos con perros están furiosos por que no se les haya ocurrido el nombre a ellos. Oye, por cierto, ¡tienes hoy de visita al alegre Gonzague y compañía! Hacía mucho que no los veía. ¿Cómo están? La chiquilla es adorable; me parece increíble que hayan podido hacerla ellos solos. ¡Mira, por ahí vienen los dos herederos! Venid a saludar, álbum familiar.

Émile y Lucien acababan de aparecer, atraídos por la voz de Irène, que los había arrancado del sueño. Habían acudido de inmediato y observaban, escuchaban, boquiabiertos, rebosantes de admiración y timidez. Su tía los fascinaba; el mayor, por supuesto, estaba enamorado; el pequeño, de momento, sólo se sentía turbado; pero fuera cual fuera el nombre de sus sentimientos, eran de los que elevan a los niños por encima de sí mismos. Émile y Lucien no terminaban de creer que les estuviera permitido acercarse tanto, tan fácilmente, a aquella mujer admirable, guapa, elegante, alegre, bulliciosa, que nunca se extrañaba, se enfadaba o se quejaba de nada; tan superior en todo a sus padres, y mucho más parecida a las mujeres que uno se cruza por la calle, las que se ven en los carteles, en las vitrinas de los quioscos de prensa, en

las películas, que a los habituales de la llamada familia. ¡Cómo sería, pensaban a veces los niños en sus insensatos sueños, cómo sería tener una madre como la tía Irène! Sin embargo, entendían que esas cosas no ocurren, y que hay dos clases de mujeres: las madres y las tías Irène. A saber por qué, pero así era. ¡Y menos mal que la suerte les había regalado una tía Irène! Pero qué pena que no pudieran enseñársela a sus amigos, para dejarlos pasmados.

Los dos niños se acercaron. Irène los besó; experimentaron el pequeño y delicioso sofoco del perfume, el contacto, los gestos. Irène hacía movimientos bruscos en apariencia, pero maravillosamente precisos, ejecutados con tal exactitud que nunca chocaban contra nada ni nadie. El señor Ladmira! llamaba a aquello garbo; Gonzague comprendía, sin sentimiento, que su hermana poseía eso que la gente llama encanto. El niño Émile, por su parte, y sin buscar palabra alguna, era feliz cuando Irène lo besaba; se le cortaba la respiración, sentía cosquillas en el vientre y picores en las palmas de las manos, amén de otras alteraciones muy precisas, que él reconocía a la perfección, y que le inspiraban una curiosidad ardiente, placer, un vago sentimiento de vergüenza y el deseo feroz de que Irène no lo tomara por un niño pequeño. Lo cual se traducía en una actitud pretenciosa y agresiva; consecuencia: Irène lo desairaba, no sin deleite; no era ajena a su adoración. Las mujeres guapas no desprecian ningún halago, venga de donde venga; una rosa es una rosa. Es uno de los muchos parecidos entre la belleza y la riqueza; y tanto una como otra, en efecto, van casi siempre de la mano. Puede ocurrir que una mujer guapa sea pobre; muy raro es que lo sea para siempre.

El señor Ladmira!, despabilado, miraba a su hija con ojos arrobados, una sonrisa feliz pintada en la cara, visible bajo la barba, como en las máscaras japonesas. Estaba contento. La llegada de Gonzague y su mujer, que salían de la casa, aún levemente adormilados e inquietos, lo ensombreció.

—Ah —dijo el señor Ladmira!—, aquí estáis.

Como si llegaran de improviso, y casi como intrusos, a una reunión familiar. Gonzague percibió la connotación, y se molestó un poco. Tanto más cuanto que le estaba costando una barbaridad volver a abotonarse el falso cuello.

—Le había pedido a Irène que no te despertara —protestó.

—No estaba dormido —replicó vivaz el señor Ladmira!.

—Ya lo sé —contestó Gonzague, por discreción—; pero tendrías que haber descansado con tranquilidad. ¿Qué hacéis vosotros aquí? —les gritó a sus hijos—. ¿Qué hacéis aquí, incordiando a vuestro abuelo?

—Pero déjalos —terció Irène—. Para ti todo el mundo incordia. Anda, trae... —Y se acercó a su hermano para ayudarlo a abrocharse el cuello; solo no iba a conseguirlo jamás—. ¿No te da vergüenza embutirte en estos trastos? Ni siquiera papá se atrevería, ¡y aun así...! (Se giró hacia Marie-Thérèse). Esto que le pone a su hombre ¿qué es, un cinturón de castidad? Dirá usted que es domingo, ¡pero por favor! ¡Mecachis! ¡Ya me he partido una uña! Mira a tus niños, se parten de risa. Si no me

equivoco, ya casi están en la edad de los calzones largos, ¿no? Porque, libreme Dios de violar la intimidad de vuestra alcoba, pero me juego lo que sea a que tú usas calzones largos. ¿Marie-Thérèse? ¿Lleva calzones largos? ¿Sabéis que he abierto una tienda? Sí, ya lo sabéis, claro; os invité a la inauguración, pero no vinisteis, y muy mal que hicisteis. Émile, sobrino mío, tráeme un vaso de lo que sea, aligera. Luego iremos a dar una vuelta con el abuelo. Aquí se muere uno de calor. Papá, no deberías dormirte al sol después de comer. Tendríais que habérselo dicho, es malísimo para él. Pero hace ya tiempo me di cuenta —dijo, volviéndose hacia su padre— de que estos dos te desean la muerte.

Gonzague no toleraba que se bromeara con ciertos temas.

—¡Por favor! —exclamó, acalorado.

Y el señor Ladmiral, tocado por aquella llamada al orden que daba importancia a las palabras de Irène, creyó que era su hijo el que había hablado de su muerte. Le lanzó una mirada reprobatoria, y se notó hastiado. «Este niño, siempre hablando de temas embarazosos», pensó. Y se levantó de la tumbona con cierto trabajo. Gonzague hizo amago de ayudarlo.

—¡Deja, deja! Todavía puedo moverme yo solo —protestó el padre con un atisbo de buen humor.

Y se apoyó en el brazo de Irène; ella no había hecho ningún movimiento, pero se había encontrado justo al alcance de su padre cuando éste la había necesitado. Marie-Thérèse observaba la escena, sin amargura, pues no era mezquina; sin ironía, porque no era perspicaz; se la sabía de memoria. «Es curioso», pensaba, «él ni siquiera sospecha que su hija va maquillada; la mira, la toca, la huele, pero no lo sabe».

Se pusieron en marcha en dirección a la casa. Émile, seguido de su hermano, volvía, a paso lento, con una copa de vino tinto que le había dado Mercédès; la sirvienta conocía los gustos de Irène. Ésta vació la copa.

—Qué vino tan malo. ¿Es nuevo?

—Lo bebe desde hace más de tres meses —intervino Gonzague.

—¡Pues mira! —respondió sin más Irène, que había captado perfectamente la alusión—. Ahí lo tienes: llevo tres meses sin venir por aquí.

—¡Como poco! —exclamó el señor Ladmiral con una sonrisa, pero en un tono de ligero reproche.

Irène se giró hacia su hermano.

—¡Ea! ¡Ya lo has conseguido! Tú como siempre, chivato. Ahora, por tu culpa, el maestro me va a montar una escenita.

Los niños no daban crédito de que se hablara en aquel tono a su padre, estaban entusiasmados. Gonzague, por su parte, no daba crédito a oír a su hermana soltar sandeces a todo el que se le pusiera por delante. ¡Como la historia de la tienda! Y al padre no le parecía mal. Él, para quien el comercio siempre había sido una cosa deshonrosa.

—Es verdad —le dijo a Irène—. ¿Conque tienes un negocio? —Aquella palabra, a su juicio, era insultante—. ¿Chucherías y abalorios? —añadió, con cierta acritud.

Irène replicó:

—Chucherías y abalorios, garmbainas, fruslerías, bagatelas, perendengues y perifollos. («¡Vamos!...»), pensó, un pelín irritada. «Si éste quiere ponerse irónico...»). Tienes que venir a verlo —le dijo a su padre—. Va viento en popa. Por eso he estado tanto tiempo sin venir. ¿Te has aburrido mucho? Por cierto, ¿cómo estás? Ya te lo he preguntado, pero no me has respondido. ¿Ha venido alguien a verte?

—Casi nadie. No estoy muy mal del todo, pero...

—Lo que me parece formidable de nuestro padre —interrumpió Irène— es lo bien que lleva la soledad.

—Nosotros hemos venido casi todas las semanas —informó Gonzague.

—El domingo pasado, no —replicó vivaz el señor Ladmira!—. Lo entiendo —le dijo a su hija—. Has tenido que estar desbordada.

El señor Ladmira! no tenía ni la más remota idea del tipo de trabajo que puede dar la apertura de una tienda, y tampoco le interesaba enterarse; no lo habría entendido, de todos modos.

—Ven a ver lo que estoy pintando —le dijo a su hija en el momento en que toda la familia entraba en la casa—. No te va a gustar, claro está, pero qué más da. Al fin y al cabo, igual no llevas razón.

—¡Cómo que no! ¡La entendida en pintura soy yo!

Irène odiaba la pintura de su padre, y no lo disimulaba. El señor Ladmira! opinaba que, a fin de cuentas, tal vez su hija estuviera en lo cierto; aun así, no quería cerciorarse y, sobre todo, prefería no oírse!o decir. Cada vez sufría una pequeña conmoción, una decepción.

La actitud de Irène volvió a herirlo una vez más en el momento en que le presentó el lienzo en el que estaba trabajando.

—¿Otro rincón de taller? —protestó Irène—. Hay que ver la de rincones que tiene este taller. Tendrías que hacer de una santa vez un taller poligonal, kilogonal, miriagonal, etcéteragonal...

Y se dejó caer en el diván que el gran chal de seda amarilla recubría.

—¡Cuidado! ¡Está posando!

Gonzague había proferido un grito. El señor Ladmira!, que iba a proferir otro, estimó que su hijo había adoptado un tono furioso y, de pronto, dejó de molestarle que Irène le desbaratara el diván.

—¿De dónde ha salido este chal amarillo? —quiso saber Irène.

—Del desván, figúrate. De pura casualidad; he dado con unas cajas viejas llenas de trapos antiguos. Hay cosas preciosas. Estaban arriba desde que me mudé, ya ni me acordaba.

—Me interesa una barbaridad —dijo Irène.

Y ¡hala! Se llevó a su padre al desván. Cinco minutos más tarde saqueaba, revolvía, escogía, abría cajas, vaciaba baúles, rodeada de tejidos deslumbrantes, rauda y precisa, desplegando un chal, desenrollando una bufanda, examinando el vuelo de una falda, desperdigando trapos multicolor. El señor Ladmiral, sentado encima de un viejo arcón claveteado, la observaba, espantado y encantado. Gonzague y su mujer, como si no existieran. Irène los había olvidado, entregada al frenesí de las telas, zambullida en las cajas llenas a rebosar, como un mercachifle.

—¿Y esto? ¿Y esto? Nunca me habías dicho... Mira que me lo figuraba, y quería comentártelo, estaba segura de que habría montones de cosas en los baúles viejos. Todo esto lo había visto yo ya, me acuerdo. Pero no le vi ningún interés, y no le hice ni caso... Me lo das, ¿no? Pues claro que me lo das... ¡En qué buena hora se me ha ocurrido venir! Y pensar que si Marinette no se hubiera partido la pierna... Mira, algo le haré con esta camisola; a ella le encanta el verde. No puede estar más equivocada, dicho sea de paso, pero conoció a un tipo que le metió la idea en la cabeza. ¿Sería daltónico? ¿O daltonista? ¿Cómo se dice?

Irène solo paraba de hablar por las noches, en el momento de acostarse. Desde que amanecía, apenas abiertos los ojos, vuelta a empezar, y tenía carrete para otro día entero. Era una chica muy guapa, sólida y firme, de piel morena y ojos casi negros, tan brillantes que, incluso en reposo, diríase que no paraba quieta. Al señor Ladmiral siempre le había dado miedo. Cuando cumplió los dieciocho, y luego los veinte, y luego más, a su padre le costó horrores acostumbrarse a sus hábitos. Se maquillaba, salía sola, volvía tarde, y nunca dio muestra de ninguno de aquellos signos que el señor Ladmiral, en su juventud, había aprendido a tomar por señales de pudor. Este estado de cosas había mortificado al señor Ladmiral. Finalmente lo había aceptado, a costa de un esfuerzo que Irène quizá no hubiera ponderado en su justa medida. A los hijos les cuesta tanto aceptar aquello que les fastidia de sus padres que nunca entienden que los padres deben hacer un esfuerzo aún mayor. Irène era el polo opuesto a su madre, la más reservada de las mujeres, y tantos contrastes habían confundido a menudo al señor Ladmiral. Pero cuando la madre murió, se zanjó todo debate; ya sólo quedaba Irène; el padre, ya mayor, invirtió todos sus juicios de valor; Irène ocupó la vacante, su padre ni siquiera fue consciente de la negación que acarrea aquella transferencia. De ahí que algunos viudos, a veces los más inconsolables, vuelvan a casarse con cualquiera. Y así fue el incesto del señor Ladmiral, que nunca supo que se vengaba con su hija, que lo había reído y era guapa, de una mujer que nunca habré sido demasiado ocurrente, y que hacía mucho tiempo que había dejado de ser bella.

Irène, por aquel entonces, había comprendido, y adivinado, que si seguía viviendo con su padre acabaría siendo su esclava. Por lo tanto, había decidido apartarse de la familia. No fue fácil. Irène vivía en París con su padre, Gonzague llevaba muchos años casado. Irène quería estar sola. No tanto libre como sola. Y con esas dos palabras puede uno juzgar a las chicas que deciden poner tierra de por medio.

El señor Ladmiral había aceptado la separación a costa de un coraje tan grande que no supo disimularlo del todo. Perder a su hija era, verdaderamente, embarcarse en una segunda viudez. Al principio se había resistido, luego había dudado, y aceptado por fin con pesar, reticencias, alusiones. Irène había cortado por lo sano mudándose muy rápido, negándose a cualquier clase de debate, a partir del día en que el asunto quedó aclarado. La separación había sido casi una ruptura; el señor Ladmiral y su hija se separaban bastante descontentos el uno con el otro, lo que al principio facilitó las cosas y facilitó, casi de inmediato, la reanudación de sus relaciones. El señor Ladmiral no podía vivir sin su hija. Ya que lo abandonaba, era menester no quejarse, si quería conservarla un poco al menos. Tuvo esa sensatez, y fue recompensado; Irène fue para él la más atenta de las hijas. Por fortuna, el señor Ladmiral nunca pensó, en el momento en que Irène lo abandonaba, en la ingratitud de los hijos, o al menos nunca habló de ello. Reflexionó a este respecto algo más tarde, cuando su hija empezó a espaciar las visitas; y sobre ello reflexionaba, principalmente, cuando tenía oportunidad de tratar el tema con Gonzague, que, por su parte, era muy leal y acudía a menudo a ver a su padre, incluso los días laborables al salir de la oficina. Cuando Gonzague se marchaba, el señor Ladmiral no se quedaba muy triste; pero la partida le recordaba que Irène llevaba tiempo sin prodigarse. Así pues, en su despedida de Gonzague experimentaba siempre la pequeña aflicción de que aquella visita no hubiera sido la de Irène. Gonzague lo sabía, y había días en los que, al bajar las escaleras de casa de su padre, alterado, trastabillaba en algunos peldaños, como un enamorado rechazado; todas las penas se parecen.

Y, ahora, Irène vivía sola. Incluso habían olvidado los incidentes de los primeros tiempos. Irène vivía sola y tenía un trabajo. El señor Ladmiral había aceptado esto igual que el resto. Por lo demás, Gonzague se afanaba en precisar, no por malicia sino por prurito de exactitud, que su hermana no tenía un trabajo, sino treinta y seis. La cifra era exagerada; la intención irónica estaba justificada. Irène había trabajado en el taller de un interiorista, había hecho diseños de moda, había vendido estatuas africanas, había sido secretaria de un coleccionista, y a saber qué más. Discreta, aunque no reservada, aludía a restaurantes, fiestas, escapadas de fin de semana que irritaban un tanto a Gonzague, sobre todo cuando las alusiones se hacían delante de su esposa. Además, Irène iba ya por su segundo coche.

—A mí —decía Gonzague, bromeando, y en un tono que dejaba traslucir el trasfondo de sus pensamientos—, a mí los niños me llegaron antes que el coche.

—Más rabiarías si yo tuviera hijos —respondía Irène con un chasquido de látigo.

Era ése un tema delicado. ¿Tenía Irène un amante? El señor Ladmiral nunca se había planteado abiertamente la pregunta: estaba resuelto a no planteársela nunca. Sabía muy bien que todo indicaba que Irène tenía un amante: su independencia, su belleza, su actitud, lo que se adivinaba de su entorno. Pero para cada hombre hay cierto número de verdades incómodas contra las que no tiene más que una defensa, aunque soberana: el rechazo. «No quiero saberlo». De haber sabido que su hija tenía

un amante, el señor Ladmiral habría caído en la desdicha, en la vergüenza, la tristeza y el miedo. Era uno de esos hombres (aunque todos los hombres son así) que atribuyen un gran valor a la virginidad de las hijas con las que mantienen una relación estrecha. Irène lo sabía. Cuando le ocultó a su padre su primer amorío, fue tan lista como el propio señor Ladmiral cuando se negó a descubrirlo. ¿Para qué sacar a la luz lo que todo el mundo se pone de acuerdo en ocultar? Gonzague también se había barruntado algo; y, temeroso de que su padre se preocupara, había aventurado de vez en cuando alguna alusión, para tantear el terreno, y para tranquilizar a su padre en caso de necesidad.

—No hay quien le vea el pelo a Irène —comentaba—. Yo sé que es una chica formal pero, de todos modos, me preocupa saber que está sola.

—¿Verdad que sí? —respondía el señor Ladmiral, vagamente inquieto, y para verlas venir.

—¡Hombre! Sé muy bien —continuaba Gonzague— que sola, lo que se dice sola, no está...

—¿Qué insinúas? —inquiría rápidamente el padre. Intuía adonde quería llegar su hijo, detestaba aquella clase de pesquisas que lo arrastraban a las regiones prohibidas, y sin embargo siempre mordía el anzuelo.

—Nada... Nada... Cuando digo que no está sola, me refiero a que sale con mucha gente... Hasta me da la impresión de que mi querida hermana tiene un círculo muy amplio...

—Sí —convenía el señor Ladmiral, repentinamente sereno y radiante al pensar en el éxito de su hija—. Sí, creo que la quieren mucho. Y estoy convencido, como tú decías, de que ella no es de las que hacen tonterías.

—No, no creo —replicaba Gonzague, en el tono más reticente, aunque su padre no quería darse cuenta.

Y no ahondaban más en la vida privada de Irène. El señor Ladmiral pensaba: este Gonzague, le encanta hacer insinuaciones. ¿Sabrá algo? ¿Querrá interrogarme? ¿Para qué darles más vueltas a esos temas, si de todos modos no sabemos nada? Por lo demás, yo conozco a Irène. Si tuviera un... Si fuera verdad lo que Gonzague parece imaginarse, mi hija es la rectitud personificada, me lo habría dicho. (Sabía muy bien que no era así. Estaba incluso perfectamente seguro, sin pruebas, pero perfectamente seguro, de que Irène tenía un amante, de que jamás se lo contaría a él, de que él jamás la interrogaría y de que ambos hacían bien en mentir).

Gonzague, por su parte, después de aquella clase de conversaciones, pensaba que su padre estaba ciego y que, al fin y al cabo, mejor que así fuera. Sin embargo, no podía quedarse callado, y a la siguiente ocasión reanudaba sus inútiles alusiones. Era superior a él. Uno puede estar ciego, pero al menos hay que reconocerlo; eso, y que se cometan torpezas de ciego. Que Irène tenga un amante, pase; Gonzague sabe muy bien que su hermana es libre, y no se siente en absoluto en el papel de hermano mayor o guardián del honor. Lo que le molesta es que Irène no sufra si tiene un

amante, que ni siquiera tenga que soportar la censura de su padre, que no experimente, como mínimo, remordimientos por haberle provocado un disgusto. Gonzague es como todas las personas escrupulosas, bien casadas, virtuosas, que cumplen, incluso de buen grado, numerosos deberes: a quienes han sabido evitar las cadenas no les reprochan que hayan sabido liberarse; pero no quieren que, para colmo, sean felices. Qué fácil sería. Y si la libertad es fácil, entonces todo se desmorona.

No obstante, no había duda de que Irène era feliz, muy especialmente en ese instante, en el desván, entre aquel gran despliegue de tejidos. Había movilizado a Mercédès y, con su ayuda, había llenado de objetos valiosos tres grandes cajas. No sin hacer, de paso, algunos regalos a la sirvienta. A Mercédès no le hacían ninguna falta unos zapatos de salón viejos, ni un manguito de falso armiño amarilleado como los bigotes de un fumador, pero nunca había sido más feliz. Nada conmueve más a una criada que un regalo; es el gesto mismo de la igualdad; compensa, y borra, los malos ratos.

Una vez atados los bultos, Irène y Mercédès los llevaron al coche. Irène daba saltos de alegría. Intentó explicarles a su hermano y a Marie-Thérèse qué uso daría a las antiguallas que acababa de elegir. Gonzague fingía no querer oír explicaciones.

—Si esos retales están de moda —dijo, levantando una mano—, que te aprovechen. Y si papá te los da, pues perfecto. Todo lo que hay en esta casa es suyo. Él dispone de sus cosas como mejor le parece.

Irène percibió una indirecta a la repartición, a un choque de intereses, se sintió asqueada. Replicó, deliberadamente cortante y porque a ella también le fastidiaba no haber considerado aquel aspecto de la cuestión:

—Yo no quiero robarle nada a nadie; lo que me llevo, lo compro.

Gonzague se quedó desconcertado. No había manera de discutir con Irène, ella sólo esgrimía argumentos irrefutables; ¿y qué podía hacer él, un pobre diablo con una familia a su cargo, y honrado, si se ponían a invocar el poder del dinero? Imaginaba el momento en el que, muerto ya el señor Ladmiral, Irène querría apropiarse de la casa, los cuadros, los muebles, a golpe de millones y dejándolo a él desposeído, en cueros, a despecho de toda justicia. Le guardó un profundo rencor a su hermana. ¿Es que no pensaba más que en la muerte de su anciano padre, y en acaparar sus escasos bienes? Y el padre, un pedazo de pan, que nada sospechaba...

El señor Ladmiral no sospechaba nada en absoluto, en efecto. La proposición de compra que le hacía Irène no le parecía ni indecente ni ofensiva; simplemente, un poco grotesca; jamás se le habría pasado por la cabeza venderle a su hija unas pocas brazadas de tela, y rehusó entre risas. Sin embargo, le conmovía que Irène lo hubiera tenido en cuenta; y no le desagradaba que, con su gesto, le hubiera cerrado el pico a Gonzague, que sólo sabía quejarse.

—Estás loca —dijo, algo confuso—. Gonzague estaba bromeando.

—No te creas —replicó Irène—. Pocas bromas gasta Édouard, y nunca sobre asuntos del corazón o sobre dinero. En cualquier caso, me parece perfectamente normal pagarte lo que me llevo. Es mi trabajo adquirir en las casas lo que ya nadie quiere. El otro día, en Dreux, compré a unos campesinos una tiara de novia con su campana de cristal y todo, una maravilla.

—¿Te la vendieron? ¿Una tiara de novia?

—Costó lo suyo. Pero no por el valor sentimental, ¡qué va! ¡No sabían ni de quién era! Sino porque decían que no podía servir para nada. Me vi obligada a ofrecer un precio ridículamente bajo; de lo contrario, no se habrían desprendido de ella. ¡Para que luego digan de los campesinos normandos...!

—Dreux no está en Normandía —espetó Gonzague con sequedad.

—¿Dreux? —exclamó Irène—. Mucho me extrañaría.

—No sabes cuánto lo siento —replicó Gonzague, preciso como un atlas—, pero Dreux está todavía en Île-de-France. Por muy poco, pero así es.

Irène se sabía derrotada. Se giró hacia su padre.

—¿Cuánto quieres por los trapos viejos?

—Vamos a dejar ya ese tema —rogó el señor Ladmiral, incómodo.

Irène se dirigió de nuevo a su hermano. Estaba resuelta a salirse con la suya.

—¿Y tú, a ver? ¿Qué precio estimas? Ya que has sacado tú el tema del dinero...

—¿Yo? —preguntó Édouard, indignado.

Su mujer intervino entonces en el debate, como un rayo.

—No, en esto no lleva usted razón —dijo.

Estalló de furia, de repente. Era una injusticia realmente intolerable. Esta Irène creía que podía hacer lo que le diera la gana; y, aparte, en lo relativo al dinero, Marie-Thérèse no se sentía menos que nadie, y no hacía falta azuzarla mucho.

—Si alguien ha hablado de dinero... —añadió, sofocada.

Irène se batió en retirada ante aquellos refuerzos inesperados, pero fue tan evidente que lo hacía para no discutir con su cuñada que nadie supo agradecerle el repliegue, ni el tono conciliador que adoptó a continuación.

—Tiene usted razón —concedió—. No nos vamos a pelear. Además, yo soy la única que más o menos entiende del asunto. Papá, te he afanado prendas por valor de mil francos. ¡Toma!

Había sacado del bolso un fajito de billetes con una pinza encantadora que tenía toda la pinta de ser de oro. El señor Ladmiral, terriblemente abochornado, rechazó el dinero.

—Ni pensarlo. No quiero hacer negocios con mis hijos. ¿Pero esto qué es?

Ya ni sabía con quién estaba enfadado, si con Gonzague o con Irène. Estaba incómodo. Y el billete de mil francos no era menos desagradable de contemplar. Irène solía hacerle pequeños regalos, y alguno grande también; a veces regalos de dinero apenas disimulados, con la excusa de enrevesadas cuentas o de compras hechas para él, en las que su hija falseaba las cifras; era la generosidad en persona. Gonzague, en

cambio... pero no era culpa suya; estaba muy lejos de ser rico, mientras que Irène ganaba lo que quería, o eso contaba ella, con sus misteriosos trabajos. Su tienda...

—¡Venga, hombre! —decía Irène, con el billete en la mano—. ¡No nos vamos a poner a regatear, entre padre e hija! ¿Quieres más?

—¡Ay! —protestó el señor Ladmiraal. Y, para interrumpir aquel debate que tan feo le parecía, cogió el billete—. ¿Hace falta que te diga que lo cojo por darte el gusto? —preguntó con franca ironía.

—Hace falta que lo digas porque es la verdad —repuso Irène en tono cariñoso.

El señor Ladmiraal se prometió que con aquel dinero les haría un regalo a los hijos de Gonzague, al tiempo que sospechaba vagamente que no haría nada de eso. Édouard y su mujer habían visto el billete cambiar de manos con cierta incomodidad; hay personas que hacen malabares con el dinero... En fin, cada uno a lo suyo; y, a fin de cuentas, el padre estaba contento. Tenía para vivir con holgura, pero a los viejos siempre les gusta el dinero un poco más de lo que pudiera parecer.

Mercédès anunció que el té estaba servido. Volvieron al cenador. A Irène no le gustaba el té; se bebió el zumo de los pomelos que había llevado, de modo que no quedó gran cosa. A Marie-Thérèse tampoco le gustaba el té, pero nunca había reunido el valor de confesarlo cuando aún estaba a tiempo; ahora no le quedaba más remedio que ver con un atisbo de vergüenza y de envidia a Irène, que sí tenía el valor de expresar sus opiniones. Ciertamente que a ella tampoco le gustaba el zumo de pomelo. Habría preferido café con leche. Pero no le demos más vueltas, ya es demasiado tarde. Los niños beben sirope de frambuesa, con pajitas; es uno de los buenos momentos del día. Émile, sin embargo, está un poco pálido, tendrá el estómago revuelto todavía; a quién se le ocurre dar así de beber a un niño; dentro de un rato, en el tren, Mireille no será la única que vomitará sobre los vecinos.

—¿Vienes a dar una vueltecita en coche, padre mío? —preguntó Irène tras encenderse un cigarrillo.

El señor Ladmiraal no tenía muchas ganas de moverse; pero si iba a pasearse con su hija podría estar con ella a solas, charlar un poco, sentirla un momento cerca de él, suya. En el coche no cabían todos; los niños, si acaso, que no incordiaban.

—Con mucho gusto —aceptó el señor Ladmiraal, que se levantó sin apenas esfuerzo—. Si no te importa, me gustaría ir hasta el puente de la Goulette. Donde está esa casa encantadora al borde del estanque...

—Te advierto —dijo Irène— que ni la mansión ni su reflejo están ya a la venta. Dicho esto, de acuerdo, vayamos al puente de la Goulette. Es un rinconcito encantador. ¿Venís con nosotros?

Se dirigía a Gonzague y a su mujer. Pero no, no iban; no les apetecía nada; a nadie le apetecía; declinaron la invitación, con las palabras convenientes. El señor Ladmiraal e Irène les estuvieron agradecidos, el ambiente volvía a ser cordial.

—No volváis muy tarde —dijo Gonzague—, que nosotros cogemos el de las dieciocho cincuenta y seis.

—¿No os quedáis a cenar? —preguntó el señor Ladmiral, repentinamente desconcertado como un niño al que sus padres abandonan.

—No creo —respondió Gonzague—. Llegaríamos muy tarde a París, y Émile tiene un examen de historia mañana por la mañana.

—¿Y eso qué más da? —insistió el señor Ladmiral—. Quedaos todos conmigo, luego os lleva Irène en coche.

—Por mí, encantada —intervino Irène—; si os apretujáis un poco, cabemos todos, pero yo tengo que estar en París para la hora de cenar.

—¿Tú también? —inquirió el señor Ladmiral.

—Sin falta —remachó Irène—. Se volvió hacia Gonzague y su mujer. —¿Os parece?

Los dos niños contenían el aliento, ahogándose de alegría ante la idea de volver en coche, y con Irène. Se comían con los ojos a los mayores. Gonzague y su mujer se interrogaban con la mirada.

—¡No, ni hablar! —exclamó el señor Ladmiral—. ¿No iréis a dejarme solo?

Gonzague había oído en la voz de su padre aquella inflexión de inquietud, casi de angustia, que le oía siempre en el instante de la despedida, o solamente cuando sacaban el tema de la partida.

—En fin —dijo—, quizá podamos cenar aquí y volver en el de las veintiuna trece...

Otra vez será. Volveremos en tren, Mireille se pondrá mala, los niños se acostarán muy tarde. ¿Qué importancia puede tener eso comparado con la pena de un anciano que teme quedarse solo?

Marie-Thérèse había comprendido; dedicó una amplia sonrisa al señor Ladmiral, quien se preguntó si su nuera no se quedaría por obligación. Los niños tenían ganas de llorar; la habían fastidiado; no volverían en coche. Por suerte, Irène les propuso que la acompañaran al paseo con el abuelo. Se precipitaron hacia la casa.

En el instante en que entraban en el vestíbulo sonó el teléfono. Émile y Lucien se abalanzaron sobre el aparato y, tras una breve lucha que se saldó con una zancadilla solapada, Lucien, el más joven, descolgó el receptor. Gritaba al aparato, recitando las fórmulas con una voz atemorizada pero que él creía todo desenvoltura, para dárselas de muchacho que tiene costumbre de hablar por teléfono:

—Sí, aquí es... Sí, señor, creo que todavía está aquí, voy a ver, no cuelgue, por favor. ¿De parte de quién, si es tan amable?

Se giró hacia Irène, triunfante:

—Es para ti, tía Irène. Un señor. No he entendido el nombre.

Irène ya había agarrado el auricular y respondía con frases cortas y rápidas. No parecía contenta. El señor Ladmiral y los dos niños adivinaron de inmediato que no habría paseo. Y, de repente, Irène se encendió:

—Es absolutamente imposible —decía al aparato—. Imposible. No te voy a repetir lo que ya te dije. Claro que quiero que vayas a Versalles, me da exactamente

igual. Pero, en ese caso, yo voy también. Qué fácil, si no. Espero que estés de acuerdo. Bueno. Estamos de acuerdo, entonces. Son... a ver. Son las seis menos veinte. Espérame, paso a recogerte. Que no, te lo prometo. Tardo sólo tres cuartos de hora, y de todos modos quiero llegar contigo. Así que no te muevas, que ya voy. Adiós...

Colgó. Era tan evidente que se había aguantado la palabra «cariño» después del «adiós» que el señor Ladmira! pudo verla pegada a sus labios rojos e hinchados. La propia Irène se incomodó un poco. El señor Ladmira! estaba espantosamente triste.

—¿Y bien...? —dijo, sonriendo—. Si no he entendido mal...

—Lo siento mucho —arrancó Irène. Sonreía, pero como una máscara. Casi le temblaba la voz, un poco quebrada. Quizá estuviera triste, y el señor Ladmira! podía creer que fuera pensando en él—. Tengo que volver sin falta a París enseguida. Sería muy largo de explicar...

Estaba ya preparada para marcharse, ya se había marchado. Ya no era rápida, segura y autoritaria, como hacía un momento, ya sólo era rápida. Y estaba alterada. No se iba: huía, atraída hacia París por una fuerza irresistible, que no era ya su propia fuerza. Y el señor Ladmira!, que tenía tantas ganas de retenerla que habría sido capaz de llorar, ahora casi la habría echado, por las ganas que ella tenía de irse, por lo importante que era que se fuera.

Pero no hizo falta echar a Irène. Se fue ella sola, y muy rápido. Un breve paseo por el jardín, excusas a Gonzague y a Marie-Thérèse, a los tres niños unos besos como empellones, un puntapié al perro para despertarlo, un rápido adiós a Mercédès, el tiempo justo de ponerle cien francos en la mano y decirle: «Cuide del señor Ladmira!, haga el favor», e Irène embarcó. Su padre la acompañó hasta el coche; el asiento de atrás iba cargado con las cajas del desván. El caniche Médor, en el asiento delantero, jadeaba y pataleaba, como un perro de turismo de altos vuelos que ya se ha cansado del hotelito.

—Por lo menos —dijo el señor Ladmira! mirando las cajas con un atisbo de pesar— no has hecho el viaje en balde.

Pretendía bromear, estaba hecho trizas, sentía lástima por su hija, no podía hacer nada por ella.

—Eres un buen padre —le dijo Irène.

—¡Y tú una buena hija!... ¿Vendrás pronto?

—Naturalmente; lo antes posible.

Había que conformarse con aquella promesa. El señor Ladmira! se inclinó al interior del coche para besar a su hija. Ella le dio dos sonoros besos en las mejillas que olían a barba mojada, donde dejó la marca del pintalabios. «Ha envejecido», pensó, «tendría que haberme fijado antes, preguntarle por sus cosas. Tendría que haber hablado de él con Gonzague, hacer algo. ¿Cómo está? Me ha alegrado mucho ver al viejo maestro. Debería venir más a menudo. Nunca hay tiempo para nada».

Había puesto el motor en marcha. Se iba, con un ademán, tenía los ojos empañados, un regusto en el fondo de la garganta. Tenía una prisa tremenda por volver a París.

El señor Ladmiral vio partir a su hija. Luego se quedó en el umbral, esperando que el coche reapareciera, a la salida del pueblo, en la franja de carretera aún visible. Vio, efectivamente, el coche; pasó muy rápido, y ya no lo vieron más. Irène había agitado el brazo a través de la portezuela, pero sin sacar la cabeza como a veces hacía. Hoy llevaba demasiada prisa.

El señor Ladmiral entró en su casa. Lucien y Émile estaban en el corredor, enfurruñados a cuenta del paseo frustrado; el señor Ladmiral los mandó al jardín, con cierta brusquedad; los niños habían estado realmente insoportables.

Pensó por un momento en ponerse a trabajar. Su rincón de taller lo estaba esperando. Pero era tarde y el señor Ladmiral ya no se atrevía; no habría hecho nada bueno. Además, su hijo y su nuera lo esperaban en el jardín. Malas excusas. No habría hecho nada bueno, era cierto; pero es difícil de decir. La luz ya no era la misma; eso también era cierto, y tal vez fuera un buen motivo.

El señor Ladmiral salió al encuentro de Gonzague-Édouard y Marie-Thérèse. Éstos, dueños de los dominios desde la huida de Irène, no experimentaban sin embargo ningún placer, vencedores sin victoria.

Había que matar el tiempo. Dieron un breve paseo por el camino, con los niños a la zaga, gruñones y cansados. Gonzague intentaba darle conversación a su padre, éste ofrecía pocas respuestas, y con una complacencia descorazonadora en su conformidad. A la vuelta hubo que llevar en brazos a Mireille. El señor Ladmiral no se ofreció. Y en verdad estaba cansado.

La cena fue gris. A los niños sólo les sirvieron agua, y Émile hizo dos alusiones a su examen de historia, para recalcar que, si sacaba mala nota después de haberse acostado tan tarde, no sería del todo culpa suya.

Se aburrieron hasta la hora de partir; luego, se produjo un pequeño debate acerca del tiempo necesario para ir a la estación. El señor Ladmiral insistió en acompañar a la familia hasta el tren. El sol se había puesto, hacía fresco, todavía había luz; todos estaban cansados y tenían la cabeza embotada por el calor de la jornada. Cuando apareció el tren, se despidieron con besos y diciéndose: «Hasta el domingo que viene». La familia se acomodó en un compartimento que no estaba muy lleno. Mireille dormía ya en el regazo de Marie-Thérèse: había noches en que, si iba dormida desde el momento de partir, podían llegar a París sin incidentes.

Édouard, asomado por la ventanilla, agitaba el pañuelo. La silueta del señor Ladmiral se empequeñecía: el traje de pana negra con la cinta roja, el corbatón, el sombrerito redondo, y la barba blanca en semicírculo. Al cabo de ocho días volvería, y al cabo de quince, y así durante mucho tiempo. Édouard estaba contento: su padre no estaba del todo mal, y se alegraba de verlo. A él también le alegra que vengamos a verlo.

El señor Ladmira! tardó casi veinte minutos en volver a su casa. Arrastraba un poco la pierna, pero sobre todo no tenía prisa. Es tan hermosa la noche que cae. Los colores del cielo eran encantadores, perla y granate claro, con una franja verde almendra, tersa, recta, como trazada con tiralíneas. Nadie se atrevería a pintarla.

Y al día siguiente, como todos los lunes, el señor Ladmira! reanudó la espera del domingo siguiente.

Bajando al pueblo se encontró con el señor Tourneville, que le preguntó:

—¿Pasó usted un buen domingo, señor Ladmira!?

—Excelente —repuso el señor Ladmira!, vivaracho.

—¿Vino la familia de visita?

—Sí —dijo el señor Ladmira!—. Mi hija.



PIERRE BOST nació en Lasalle en 1901, creció en Le Havre y se instaló en París poco después de la Primera Guerra Mundial. Murió en 1975 en París.

Entre 1924 y 1945 publicó más de una docena de novelas y ensayos, buena parte de ellos siguiendo la estela de Marcel Proust. Fue uno de los escritores y periodistas más importantes del periodo de entreguerras y, años después, uno de los mejores guionistas del cine francés de posguerra (autor o coautor de los guiones de filmes tan célebres como *El diablo en el cuerpo*, *Juegos prohibidos*, *¿Arde París?*, *Sinfonía pastoral* o *El relojero de Saint-Paul*). Sus trabajos más importantes son *Faillite* (1928), *Le scandale* (1931, Premio Interallié 1931), *Porte-Malheur* (1932) y *Un domingo en el campo* (1945), tras el cual no volvió a escribir más novelas.